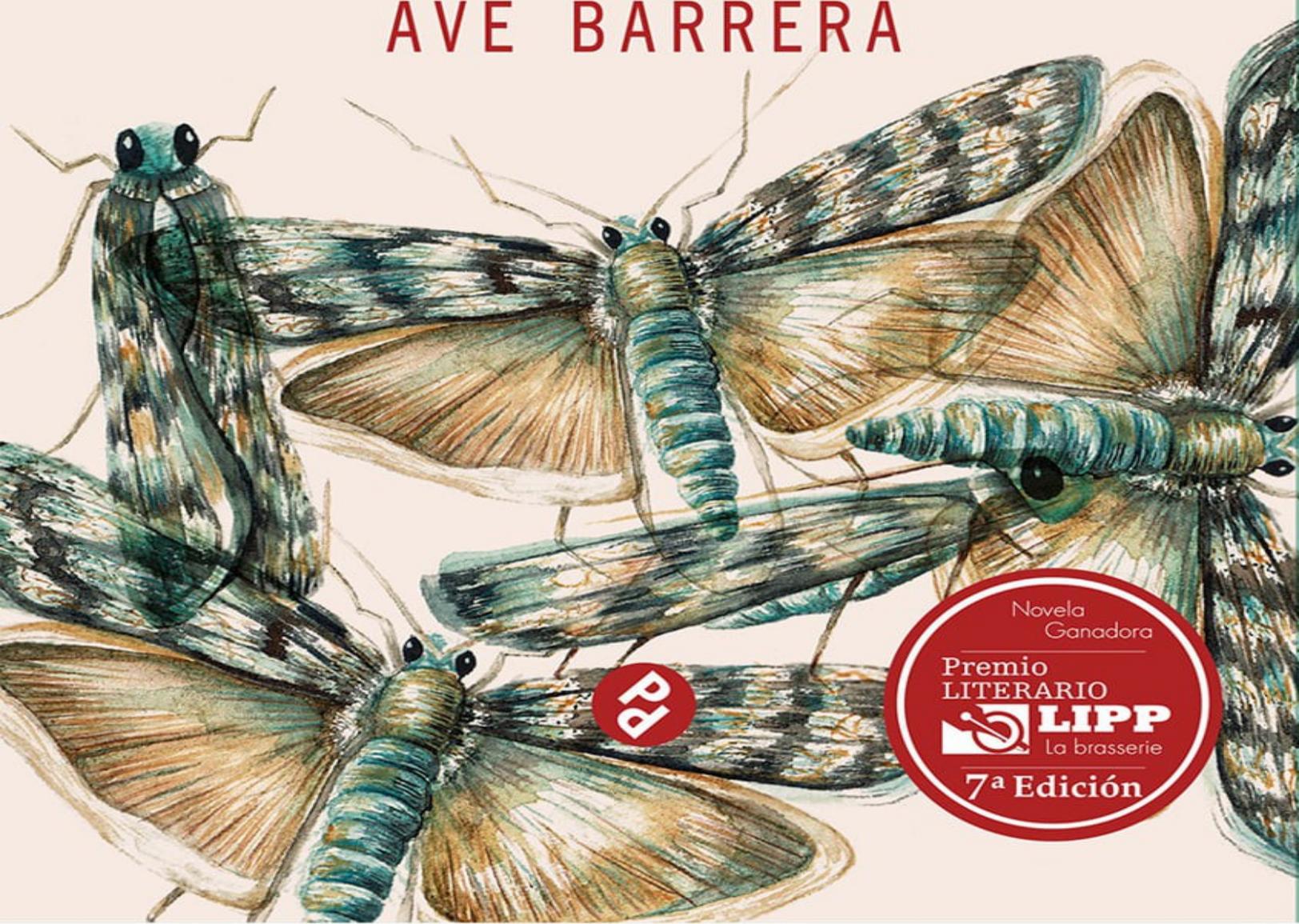




RESTAURACIÓN

AVE BARRERA



RESTAURACIÓN

AVE BARRERA

RESTAURACIÓN

AVE BARRERA

RB

**PARAÍSO
PERDIDO**
EDITORIAL

©2018 Enza García Arreaza

©2018 Editorial y Servicios Editoriales

Paraíso Perdido S de RL de CV

Avenida de los Arcos 347-2

Guadalajara|México|44130

www.editorialparaisoperdido.com

hola@editorialparaisoperdido.com

PRIMERA EDICIÓN, AGOSTO 2018

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA

typotaller

IMAGEN DE PORTADA

© María Neri

FOTOGRAFÍA DE LA AUTORA

© Vladimir Martinovski

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Antonio Marts /

typotaller

isbn

978-607-8646-07-4

Se autoriza la reproducción de este libro
total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro,
siempre y cuando sea para USO PERSONAL y SIN FINES DE LUCRO
y citando al AUTOR y a la EDITORIAL.

EDITADO EN MÉXICO

Y cuando los muertos ya no puedan más
con su materia, su nunca
de sol inconcluso

también ellos sabrán desandarse
trocar su tacto en aliento

su tierra brutal
en resplandor

y rendir su nuca
para perderse
desasidos
en el bautismo cruel de la nieve.

ADALBER SALAS HERNÁNDEZ

El tiempo significa sucesión, y la sucesión, cambio: la eternidad debe, pues,
perturbarlos horarios del sentimiento.

VLADIMIR NABOKOV

PLEGARIAS PARA UN ZORRO

Tú ignoras el gran prestigio que tienen los seres del aire.

JOSÉ WATANABE

A Leonardo González Alcalá

I

Los padres de Shadi Mansfield eran católicos y lo obligaban a rezar todas las noches antes de ir a la cama.

—Mamá, cuéntame la historia de mi nombre.

—Te la ha contado muchas veces —reparaba el señor Mansfield desde un rincón.

—No me acuerdo.

Entonces la madre de Shadi asentía y le explicaba que su nombre se traduce como «el canto de los pájaros» en la lengua de su abuelo, un granjero libanés que había cruzado el mar hasta donde iba a morir el sol.

Los padres de Shadi tuvieron que abandonar el país, una mañana en que se pensaba casi cualquier cosa: el silencio de quien duerme tiene raíces en la lluvia, pero la lluvia se ha acostumbrado a arrasar aldeas. Al final, solo queda un silencio que siembra ruinas en el día. Al señor Mansfield lo buscaban por haber dicho la verdad en un tribunal: de modo que la embajada japonesa, apiadándose de él —en nombre de antiguos servicios— lo envió a la ciudad de Hokusai con la excusa de dar clases en la universidad más grande del país.

Así fue como Shadi se mudó a la gran isla y se hizo amigo de Kitsune.

II

Kitsune era una niña que olía a hojas húmedas por el rocío. ¿O era, mejor dicho, el aroma de la hierba cuando la cortan? En la ciudad de Hokusai quedaban menos bosques que hacía cien años, pero ella los conocía todos. Estaba muerta. Había caído en un pozo una tarde de verano. Sus padres la lloraron tanto que la vida se hizo grumosa como un largo sueño de otoño, y también se murieron.

Shadi se vio abatido cuando llegó a la ciudad. Las casas eran extrañas y la gente en la calle se detenía a mirarlo: al parecer, nunca se habían topado con un niño con los ojos amplios y brillantes como los primeros astros del crepúsculo. Su mejor idioma era el español, el idioma con el que leía cuentos y jugaba con sus amigos. Su madre había dejado de hablar árabe tiempo atrás, cuando quedó huérfana; y su padre solo hablaba inglés cuando trabajaba. Ahora Shadi debía aprender un idioma nuevo y estaba triste. Al señor Mansfield le tomó varias semanas encontrar un colegio adecuado, hasta que finalmente llegó a un acuerdo con un instituto para niños extranjeros, cerca de un jardín donde las señoras iban en las tardes a tomar té.

En la ciudad de Hokusai era normal que los niños caminaran solos de la casa al colegio y del colegio a un parque. Para la madre de Shadi esto no fue bueno al principio: en el país que habían dejado atrás era usual que a los niños les sucedieran cosas terribles si los adultos no prestaban toda su atención: alguien cometía un secuestro y pedía mucho dinero a cambio. Como aquella familia libanesa que perdió cuatro herederos una tarde de abril. Pero la señora Mansfield entendió que en Hokusai tenía permiso para ser ingenua. Algunas heridas, si huelen que el aire es bueno, se apresuran en cerrarse. Así, una mañana del primer invierno, permitió que Shadi hiciera solo aquel recorrido.

A Shadi no le gustaba el invierno. Nunca le gustaron esas historias donde la nieve era la redención de algún poeta, qué tontería. Los pájaros oscurecían de pronto y el polen no engendraba las criaturas de la luz.

III

Una tarde que volvía a casa, Shadi se detuvo a mirar las señoras que tomaban el té en el Jardín de Koan. El invierno no parecía perturbarlas; tampoco a las adolescentes que jugaban con sus gatos. Alguna curiosa se acercaba para preguntarle de dónde había salido con esos ojos de animalito triste «venido del Oeste». Shadi, aunque empezaba a entenderlas, respondía en español y ellas se daban la vuelta con un mohín burlón y despiadado.

El Jardín de Koan en realidad era la entrada de una reserva de árboles en el centro urbano. Se trataba de un bosque de coníferas, castaños, ciruelos blancos, uno que otro abedul, fresnos y arces. También había bambúes, lógicamente. Con la floración de los cerezos aumentaban las visitas y era enojoso para los residentes de la prefectura: gracias a los dioses, el resto del año se mantenía la bella calma detrás de sus muros. Un vigilante le advirtió a Shadi que no cruzara la cerca que separaba al jardín principal del resto del complejo; sin embargo, una niña, que se ocultaba entre unos pinos rojos todavía muy jóvenes, lo llamó con terquedad.

Shadi esperó el momento justo y caminó hacia los pinos. La niña usaba un viejo abrigo de lana y unos zapatos sin trenzas.

—Kon'nichiwa, o genkidesu ka, Tori no nakigoe-san?

—Yo estoy bien, gracias. Pero no sé qué significa Tori no nakigoe... — confesó, bastante convencido de que la niña no lo entendería.

—Tori no nakigoe es como decimos «el canto de los pájaros».

—¿Tú hablas español?

—No. Pero tú crees que hablo español.

—No entiendo.

—No importa.

—¿Cómo te llamas?

—Kitsune.

—Como zorro.

—No. Como espíritu de zorro.

—Tus zapatos son muy viejos. Tu abrigo también.

—A mí no me molesta.

—Si quieres quédate con mi abrigo. La noche se pondrá helada.

- ¿Por qué te preocupa el frío?
—Eres una niña.
—Pero a mí no me hace daño el frío.
—¿Y tu mamá?
—Inari dejó que se fuera.
—No sé quién es Inari.
—Deberías saberlo. Ya tienes dos estaciones viviendo en Hokusai.
—Bueno. Me tengo que ir. ¿Vendrás mañana?
—Sí. Mañana jugaremos kitsune-ken.

IV

Cuando Shadi llegó a casa se encontró con su madre afligida. Gracias a Buda, Keiko estaba allí para mantener las cosas a flote: llamaron del país lejano para contarle que Sonia, su mejor amiga, había muerto de un tiro en la cabeza, después de que unos asaltantes tomaron su apartamento en Prados del Este. «Prados del Este», pensó la señora Mansfield, «allí vivimos por muchos años». A Sonia le abrieron las piernas y contaron hasta cien mientras gritaba. Después le dispararon y se llevaron su gran televisor.

Keiko era una señora muy enérgica, contratada para ayudar con las labores de la casa: entre ellas, aprender el nuevo idioma. Sin embargo, con Shadi hablaba en inglés. Keiko había nacido sesenta años atrás, después de que su madre, una budista, se enamorara de un soldado británico. Cuando la señora Mansfield empezó a llorar en los brazos de su esposo, Keiko tomó a Shadi y lo llevó al patio para tomar el té.

- Keiko, ¿qué es kitsune-ken?
—¿Dónde escuchaste eso?
—Me lo dijo una niña en el Jardín de Koan.
—Es como piedra, papel o tijera. Pero no deberías jugarlo.
—¿Por qué?
—No me vas a creer si te cuento.
—¿Por qué dices eso?

—Los occidentales creen de otra manera. Tu madre tiene una medalla del arcángel Miguel, pero nunca lo ha visto. Y si llegara a verlo seguro que se asustaría hasta morir.

—Dime qué es kitsune-ken.

—¿Cómo era la niña?

—Era bonita. Dijo que se llamaba zorro.

—Eso no está bien. Los kitsune hace tiempo se fueron de Hokusai. Además, nunca hay un kitsune transformado en alguien tan joven.

—No entiendo.

—Kitsune-ken significa puño del zorro. Se juega con las tres posiciones de la mano: el jefe de villa le gana al cazador por su rango y el cazador al zorro porque le dispara. Pero el zorro le gana al jefe de villa porque lo embruja.

—Ella me dijo...

—Esto no está bien. ¿Con quién estaba la pequeña?

—Sola. Dijo que Inari había dejado ir a su mamá.

—Eso no está bien. Dime algo, ¿tenían trenzas sus zapatos?

—No.

—Ya veo. Entonces se trata de un yurei: así le dicen aquí a los fantasmas.

—No entiendo, Keiko-san.

—Óyeme con atención: un kitsune no es un fantasma. Y debes saber esto muy bien, Shadi. Quizá estés en peligro. Un kitsune es un espíritu, un yokai, algo que siempre fue energía pura, bella —si quieres decirlo así; no como los fantasmas que al principio fueron sangre y después se murieron—. Además, los kitsune tampoco son muy diferentes de los zorros comunes, salvo porque a veces se transforman en humanos. Especialmente en mujeres que se casan con mortales. Así que me temo que esta zashiki-warashi quiere embrujarte, haciéndose pasar por un servidor del señor Inari.

—¿Quién es Inari? ¿Qué es un zashiki-no-sé-qué-cosa?

—Inari es el dios shinto de la fertilidad, el arroz y los zorros. Un zashiki-warashi es un niño fantasma: suelen habitar las casas y pedir mucha atención. Las niñas son más comunes. Quizá antes, en el Jardín de Koan, hubo una aldea donde ella vivía.

—No entiendo. En mi país no pasan estas cosas.

—Tu país es muy joven y está lejos.

- Yo no tengo miedo. ¿Cómo una niña me va a embrujar?
—No es una niña, Shadi.
—Bueno, Keiko-san. Ya me tengo que ir a dormir.

V

Mentía al decir que no estaba asustado. ¡Estaba muy asustado! ¡Estaba lejos de casa! Nunca había escuchado algo como eso: en su país los muertos silbaban en el monte o castigaban a los hombres infieles, pero no eran niños. En todo caso, Caracas ya no tenía espacio para fabular sobre la muerte que entraba a las casas o se sentaba en los tribunales después de contar hasta cien. Pero Kitsune era la única en Hokusai que no lo había mirado con esa curiosidad pastosa y displicente: no podía menos que gustarle su aparición. Intentó dormir, pero su nombre y su pelo negro se enterraban en su carne.

El invierno rugió como un felino malo. A las dos de la madrugada, la señora Mansfield se metió en la cama de su hijo con las manos frías y los senos temblorosos. Lloraba, pero Shadi se hizo el dormido. Sabía que ella solo deseaba abrazarlo.

VI

Miércoles. Shadi salió muy triste del colegio. Tuvo su primera exposición en japonés y cometió 25 errores. La señorita Yoshitoshi, sin embargo, le ofreció una semana para preparar de nuevo su discurso. Michael Firth y Jules Grant, ambos de Inglaterra y con un dominio extraordinario del idioma local, no paraban de burlarse de los esfuerzos de Shadi, que aún no rendían frutos.

Mentiría si dijera que no tuvo miedo cuando cruzó el portón del Jardín del Koan, si de repente le pareció que el cielo era más hostil con los pájaros que surcaban el vacío con un vuelo incurable, sin canto ni bitácora. El mismo grupo de señoras del día anterior estaba disperso entre los bancos y la visión

de la nieve sobre las ramas, cada una sumida en sus ancestros.

Shadi caminó entre los pinos rojos. Tenía una libreta de dibujos en la que practicaba el silabario, aunque había notado que con los kanji le iba mucho mejor. Se agotaba el tiempo, pronto tendría que volver a casa. Entonces vio las huellas. Se dirigían más allá de los pinos rojos, detrás de un trío de abedules. Las huellas eran grises y diminutas. Las siguió. El olor de la ceniza hizo un gesto triunfal.

—¿Eres un yurei o un yokai? —preguntó, pero nadie respondió. Se dio cuenta de que estaba muy lejos de la cerca que separaba al jardín principal del resto del complejo. Una mano helada le tocó la frente.

—Si me dejas ir contigo, Inari me hará su servidora —dijo Kitsune en voz baja, mientras acercaba su rostro al de Shadi. Me convertiré en un zorro blanco: tendré el poder de ahuyentar el mal; cuidaré tu alma y la de tus seres queridos. Nunca te quedarás sin buenos presagios. Tú eres solo un pájaro y no sabes cómo cuidar el arroz y las cosas de la tierra. Pasas mucho tiempo en el aire.

—Yo no hago nada en el aire.

—Sí, lo haces. Te haces el dormido cuando tu mamá llora.

—Mentira.

—Te escuché. Puedo escuchar lo que piensas si así lo deseas.

Shadi se sentó sobre un peñasco, tratando de calentarse las manos con su aliento.

—¿Cómo te moriste? —preguntó en japonés.

—Cuando Hokusai era blanca y mis padres reinaban en el prado, me caí en un pozo persiguiendo a un zorro. Me rompí todos los huesos porque el pozo estaba vacío. Podía escuchar a los pájaros a lo lejos mientras me moría y el zorro huía.

—Entonces, ¿por qué quieres ser un zorro? El zorro tuvo la culpa.

—¿Nunca amaste nada en tu país?

—En mi país no hay zorros.

—Lo lamento.

—No lo lamentes. Tampoco hay dioses para el arroz.

—Me tienes que llevar a tu casa, Tori no nakigoe.

—¿Cómo hago eso?

—Esta noche debes escribirle una carta a Inari. Pídele que me deje ir contigo en su nombre. Dile que puedo ser un buen zorro. Al amanecer, antes de ir al colegio, deja la carta en el santuario de Fushimi Inari, en la calle Kōkitsu-ne-maru, y quema una ofuda. Luego podrás venir por mí.

—¿Qué le voy a decir a mis padres?

—Ellos no lo notarán. Pero tienes que decirle al señor con alas que vive en tu casa que no me moleste y me deje pasar.

—¿Qué señor con alas?

—El señor con alas que está detrás de tu mamá.

—No sé de qué hablas.

—Un grano a la vez, Tori no nakigoe. Ahora debes regresar a casa.

VII

A Shadi no le gustaba comer tofu ni daikon. Mucho menos el caldo daishi que Keiko insistía en servir cada noche. Pero había escuchado que a los zorros, desde la era Heian, siempre les había gustado el tofu. Eso lo hizo sonreír y abandonar la mesa. Las noticias que llegaban de Caracas distraían a los señores Mansfield, por lo que ni siquiera notaron que el hijo dejó la cena íntegra en el plato.

—Dicen que planean matarlo.

—Pero si lo matan será peor, ¿no crees?

—Quizá. Pero muerto desenfundará menos dinero.

—¿Y tú querías volver después de eso, Thomas?

—¿Qué sería mejor para Shadi? Esa es mi única preocupación.

—Habrá que esperar a que llegue la primavera a Hokusai para ver qué dice. Ya sabes cómo son los niños.

Shadi suspiraba de cansancio, no sabía si escribir la carta en japonés o en español. Estuvo un rato dando vueltas por la habitación, observaba el curso de una arañita a través del biombo que imitaba un diseño de Ogata Korin, mientras cavilaba sobre el asunto. Asumió que como dios, seguramente Inari podría entender cualquier seña. Prendió su lámpara y puso manos a la obra.

Estimado señor Inari:

Como usted sabrá, mi nombre es Shadiya Mansfield Tarabay. Llegué a Hokusai durante el otoño porque a mi papá lo iban a matar. Han sido meses muy extraños. Yo nunca pensé que llegaría a este lugar, ni siquiera sabía que era una isla. Es difícil, como podrá imaginarlo. En mi país las islas siempre son calientes. Y no hay zorros. Y si le escribo, es precisamente porque un zorro me lo ha pedido.

Kitsune es una niña, en realidad. Está muerta y me cuesta decirlo. Se cayó a un pozo y se rompió los huesos. Según Keiko, mi amiga Kitsune es un yurei y, según Keiko, los yurei hacen cosas malas. No sé, no me consta, solo tengo dos estaciones en este lugar. Pero creo que sería justo si la recompensara convirtiéndola en un yokai. A mí me haría muy feliz si una niña o un zorro cuidara nuestra residencia. Mi mamá dice que si la situación no cambia en Caracas, es probable que lleguen hasta aquí y maten a mi papá. Eso sería terrible también, como cuando uno cae a un pozo vacío. Entonces creo que un yokai sería por demás útil en nuestra situación. Debo confesar que a mí me gustaría que ella siguiera pareciendo una niña, pero si su deseo es convertirse en zorro, no me puedo oponer. Así, por favor, conviértala en su sirvienta. Póngale las nueve colas y yo me ocuparé de que tenga suficiente tofu.

No sé todavía cómo avisarle al señor de las alas que la deje entrar. ¿A quién se refiere? Bueno, yo no creo que exista. Así que supongo no será mayor problema. Ah, y por favor, ayúdeme con mi escritura kana, todavía me cuesta recordarlo todo.

Con mi respeto,

S.

VIII

Shadi se despertó con buen ánimo y devoró el desayuno.

—Pareces contento, Shadiya —dijo su madre.

—Sí, estoy contento. Hoy iré a un santuario. Pero necesito saber qué es una ofuda.

—Pregúntale a Keiko —dijo la señora Mansfield. Pero Keiko había salido muy temprano para hacer las compras.

—Entonces le preguntaré a papá —dijo Shadi. Y aunque el señor Mansfield no había despertado, no fue impedimento para que el niño entrara a la habitación. —Papá, ¿por qué no te has despertado?

—Ya me desperté, pero no me siento bien. Además, hoy no tengo clases.

—¿Podrías decirme qué es una ofuda?

—Es una escritura shintoísta santificada, sobre papel o madera. Puede tratarse del nombre de un kami o de una frase piadosa. En la entrada de la casa hay una, en la tablilla con musguito. ¿Por qué quieres saber?

—Solo quería saber.

—No te he preguntado: ¿te gusta estar aquí?

—Un poco. Esta gente cree en los zorros. Y todo es muy limpio además, y mamá me deja ir solo hasta el colegio.

—Entonces, no quisieras regresar a Caracas.

—No quiero que hablemos de eso, papá. Ya me tengo que ir.

—Está bien. Acércate.

Shadi se acercó. Pensó que el señor Mansfield le pediría un beso de despedida. Pero en lugar de ello, sacó una ofuda del cajón y se la dio. Le dijo que se la regalaron la primera vez que visitó Hokusai, cuando tenía 17 años y su padre vendía dulces.

—¿Quién te la dio?

—Una muchacha, en el santuario de Fushimi Inari. Dicen que es bueno tener una. Cuídala.

—Cuídate tú también.

—Vete entonces, Shadiya. No hables con extraños.

Una mañana de invierno. No era su lugar preferido en el mundo. La palabra imperio empezaba a surgir desde su interior, pero también era posible que con esa palabra se sembraran ruinas en el día. Supuso que si faltaba a la escuela no habría problemas. En Caracas ningún profesor llamaba a casa si un niño no iba a clases una vez. «¡No puede ser que aquí todo sea perfecto!», se dijo patrociniándose la travesura. En verdad tenía muchas ganas de ir al

santuario y encontrarse con Kitsune.

Deseaba ver sus ojos rasgados y su cabello negro por última vez, antes de que Inari la convirtiera en un vulpes vulpes japónica de poderes mágicos.

En el santuario había tres personas: el encargado, vestido para la ocasión, y dos occidentales que fotografiaban las estatuas. En un japonés torpe y cariñoso, Shadi preguntó dónde podía dejar una carta para el señor Inari. El monje-o-lo-que-fuera pensó que se trataba de una broma. Shadi insistió en que era muy importante y que por favor le dijera qué hacer.

—La puedes enterrar allá atrás —dijo.

Shadi abrió la zanja entre la nieve y la tierra. Supuso que debía hacer una oración, pero se quedó exánime. «Espero, señor Inari, que no le moleste si hago la señal de la cruz: es lo único que sé hacer. Espero que usted tenga un oído mejor que el de nuestro señor Jesucristo, mucho mejor que el de sus clavos y sus apóstoles. Rezar es una distracción que se hace en voz baja y de donde vengo uno no puede distraerse nada más porque sí. ¿Sabe usted, señor Inari, lo que le pasó al papá de mi amigo Antonio? Lo encerraron en un calabozo porque dijo cómo funciona un lanzallamas. Y a mí no me gusta la idea de que el papá de Antonio, ahora que tiene tiempo de sobra en un calabozo, tenga que rezar. Señor Inari, eso es como caerse en un pozo vacío. Qué bueno que usted no tiene que visitar mi país. Maldito, maldito, maldito, supongo que usted no se ofende si digo maldito, mi país es un maldito país maldito». Shadi sacó de su bolsillo la hermosa ofuda que le había regalado su padre. Pensó que debía conservarla, pero también pensó que esta era una situación extraordinaria. Cuando se acercó al fuego para completar la misión que le había impuesto Kitsune, el monje-o-lo-que-fuera lo zarandeó por los brazos y le dijo:

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo que quemarla.

—Si quemas una ofuda podrías perderlo todo.

—No sé de qué habla.

—Estúpidos americanos. Creen que aquí todo es como en las revistas. ¡Lárgate!

Pero Shadi, que era paciente y testarudo en aquel entonces, esperó que el monje se distrajera y volvió al altar donde el fuego estaba encendido. Quemó el papel y pensó en Kitsune.

De pronto, el sol brilló sobre la ciudad de Hokusai.

IX

Y esa fue la última vez que Shadi sintió el sol y la nieve contra sus pómulos. Una noticia estremecería durante semanas la gran ciudad: un muchacho entró al Jardín de Koan, acribilló a balazos a ocho personas: entre ellos, a un niño extranjero de diez años que había faltado a clases ese día.

Los señores Mansfield y Keiko asistieron, bajo el deshielo repentino, a un funeral en el cementerio católico de la calle Inukai. Shadi, por supuesto, tenía una visión privilegiada de los acontecimientos. Sostenía la mano de su madre que lloraba desconsolada en los brazos de su esposo. No tenía ninguna pregunta que hacer al respecto, hasta que Kitsune apareció con un kimono blanco, ocultaba sus pies, tal como reza la tradición de los fantasmas orientales:

—No tenía que haber quemado la ofuda, ¿verdad?

—Todo fue por tu bien.

—¿Mi bien?

—Nunca hubieses sido feliz entre los vivos de esta isla.

—¿Y ahora?

—Podremos vivir en el jardín y un día alguien traerá un zorro.

—¿Por qué no hacemos algo mejor? Podríamos ir a mi casa. Papá y mamá no piensan irse.

X

A Kitsune la sedujo la idea de un hogar. Contaba más de cien inviernos sin el resplandor del fuego nocturno, sin los pasos ligeros de una madre haciendo las tareas calladamente. Caminaron. Si alguien hubiese visto la escena, habría muerto de dolor: tal belleza bajo el cielo de Hokusai, una mañana índigo de

invierno. Los árboles desnudos como hombres heridos en batalla; el sol, apenas tenue entre la bruma; el aire seco que jugaba con el fantasma de las hojas. Dos seres con corazón de agua y niebla a merced de la calle, y sin embargo, intocables y altivos, soportando la herencia de un universo desconocido por todos, pero presentado a media madrugada, cuando la gente respetaba el silencio de la oscuridad.

Los señores Mansfield entraron primero. Ella se desplomó en el jardín y se llenó el rostro de tierra humedecida. Su marido no decía nada. Estaba en un rincón, buscaba unas palabras que alguien había borrado a fuerza de arañazos sobre una tablilla de madera. Keiko oraba: tampoco iba a perder la compostura, tan bien como supo desde el principio de su vida que las palabras no sirven al respecto. La palabra destino se dice destino, pero en nada remedia los desmanes de su canto ni la páfida lentitud con que algunas lenguas la pronuncian.

Cuando Shadi y Kitsune cruzaron el portón, el cielo pareció oscurecerse con más prisa que la acostumbrada en ese recodo del año. Algo aterró a Kitsune, de la misma manera que el zorro del bosque se despierta frente a la ira del cazador.

—Tú querías proteger mi casa. ¿Por qué no entras?

—Solo quería que te murieras y te quedaras conmigo.

—No tengas miedo, pequeño zorro, ven.

Entonces Kitsune lo vio, de pie al lado de la señora Mansfield, que lloraba con la boca llena de tierra. Sacó su espada y se elevó. Sus alas eran la revelación más antigua del misterio de la luz: nadie, nunca antes, había visto en el imperio Heian semejante monstruo, un astro invencible entre los mortales, como una canción que guardaba en su vientre el verdadero nombre de una ciudad. Así, con un vahído, las alas se cerraron y convirtieron en zorro a la niña que desde hacía más de cien años caminaba sola por los jardines de Hokusai.

Shadi sonrió satisfecho frente a su pequeña venganza, después hizo una reverencia. Esperaría la llegada de la primavera para mostrarle a su kitsune con pelaje de fuego cómo los pájaros cantaban entre las flores.

JORGE Y EL DRAGÓN

Todo hombre sabe
que de ser pájaro
cantaría,
no tendría que peinarse,
ni acumularía tiempo y gramáticas
para referirse a la eternidad.

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

EL CIELO

Aquí la luz solo obedece a la sequía, al régimen del calor que invade el último recinto. Después de las elecciones todo regresó a la normalidad: los cementerios de carros volvieron al oficio y las muchachas bajaron de precio para los interesados de siempre. Jorge camina inhóspito, dejando atrás la tumba de la madre mientras se toca la llaga del pecho. El viaje en autobús lo dejó desganado, el recorrido de veinte minutos le tomó un par de horas: una protesta de obreros del Complejo Criogénico había cerrado los caminos. Transpirando bajo el sol insidioso, escuchó la conversación entre dos pasajeras que estaban detrás de él:

—Mija, ese médico de la Policlínica está más enfermo que los locos que atiende.

—¿Cómo así, manita?

—Muérete, que me quería quitar el Lexotanil y le dijo a Pedro que tenía que tocarme más.

—¿Cómo que tocarte más?

—Sí, mijita. Meterme mano antes de dormir y que mejor si pasábamos la noche desnudos en pelotas. ¡¿Qué te parece?! Pedro salió como un energúmeno del consultorio.

A través de la calle principal, piensa que con el dinero que le queda sería bueno largarse del país. Aquí lo culpan por la sequía; desde hace más de un año no cae ni una garúa. «Seguro que el hediondo de Jorge también es revolucionario», le inquirió una vez una vecina mientras compraba el pan. Lo otro es que las indias ya no le temen como antes, acaso lo miran con sorna o con la avidez de las putas que piden unos billetes a cambio de sonar el trombón. También piensa en Ángel Salcedo. Poco antes de que muriera, volvió a tener sus 15 minutos de fama en el periódico local: «Bodeguero espanta ladrones a tiros». Como buen policía retirado, no se dejaría robar por tres carajitos pendejos. Jorge se alegra, a pesar de todo, de haber tenido una vida larga.

En 1948 una muchacha de Algeciras pidió que le contrataran un tutor de inglés. Era una doncella inexperta y malcriada, porque el padre, don Fernando de los Santos Lugares y Cortés, era dueño de la mitad de los barcos del puerto y se desvivía por complacer los antojos de la hija. Por supuesto, había una explicación para la repentina necesidad anglosajona. Un irlandés la estaba enamorando y la moza no sabía corresponder a las palabras de amor. Pero no le haría falta el tutor: Sean MacNeece se la llevó una noche que don Fernando se distrajo, y la hizo abordar un barco con destino anónimo, al que llegarían una mañana soleada, siete días después, luego de haber desflorado a la joven inocente y consentida, aunque mucho hubiere insistido en respetar los sacramentos. Para ella, el lecho siempre sabría a mar pútrido, a cielo negro, despellejándose en la dilatación de un vacío.

Luna se llamaba la muchacha. Con el patrimonio que traía el irlandés, se compraron una casa grande al otro lado del Atlántico, en un país que recibía a cientos de europeos que huían de un continente devastado por las grandilocuencias de un soñador. La casa, gracias a Dios y a la Virgen morena, quedaba monte adentro, a dos horas de la playa. Sin embargo, el rumor de ese aire salobre no tardaba en llegar a sus entrañas, sobre todo cuando el irlandés

le hablaba de prisa mientras le arrancaba la ropa de dormir. Cuando el amor es puro y violento no necesita detenerse en las mustias palabras con que los hombres llevan siglos remedando una simbiosis. Frotar un sexo contra otro, doblar sin altruismos a la mujer escogida o tragar con vehemencia del hombre amado, encierra más dialéctica y consumación que sostener un diálogo pretencioso a la hora del almuerzo. Es decir, la muchacha trataba de ser feliz. Aunque el irlandés ya no escribiese ninguna carta.

Luna no tardó en arrepentirse de su romance, a pesar de que Sean MacNeece trabajaba para darle brillo y portento a la propiedad, convertida en pocos meses en un hato ganadero como pocos en la zona. Con un hijo en vientre, la realidad no tardaba en mostrar su rostro más infeliz. El licor, las nativas y los juegos de azar perfeccionaban la aridez. A menudo mentía a su padre cuando le escribía. Decía que Sean era un esposo entusiasta y magnánimo:

Con este sol, padre, provoca cantarle a la Virgen morena. Me honraría que me visitara en este desierto. Tenemos buenos caballos y su nieto nacerá pronto.

Una noche de borrachera y bruma, en que la luna mujer y la luna cielo se miraban entre sollozos y ansias de libertad, el irlandés trató de deshacerse de ella y del niño. Desde temprano arrastraba un tizón y hasta había asustado a un par de ficheras en la cantina. Pero uno de los indios que trabajaba en el lugar no resistió la injuria contra la luna mujer, pues su tribu era ferviente de la luna cielo, y se enfrentó al patrón sin medir la fuerza del guamazo que le soltó en la frente. Con la conmoción, Luna dio a luz a pocos minutos de que el marido se le fuera de bruces con un lamento, producto de un cráneo demolido. Las parteras, kariñas ancianas y entumecidas por el viento de mar que bramaba desde lejos, vieron con malos ojos que el niño llegara esa noche: «Póngale nombre de un santo, patrona, que esta criatura viene con mal poder. Póngale nombre de santo soldado, porque a este le tocará lidiar para siempre con sus muertos».

Fue bautizado cuatro días después, por el padre Pío Arreaza, con el nombre de Jorge Antonio Salvador de los Santos Lugares. El primer día del colegio, una niña lo llamó san Dragón, después de darle un beso en la frente cuando la defendió de Ángel Salcedo, aquel que gustaba de robarle la

merienda a los más débiles. Se llamaba Soledad, era hija de gallegos, y la fiebre —pero también dijeron que el mal de ojo— se la llevó en su décimo cumpleaños. Luna nunca quiso que el hijo visitara la tumba del padre. Las parteras le dijeron que no. En cambio, a la tumba de Soledad sí fue algunas veces.

EL DESIERTO

El primer enemigo de Jorge se llamaba Ángel Lucio Salcedo. Murió de cáncer en 1998, el mismo día de la contienda electoral. En el colegio, la maestra era estricta y los niños se desesperaban por la hora de la salida. Ángel era el comandante natural de la tropa, a fuerza de meriendas robadas y costras en los codos. Era bastante fornido para su edad y aseguraba haber besado a varias mujeres famosas en el caserío de Vidoño. Resolvía cada recreo dar instrucciones que nadie le solicitaba.

—Escuchen, carajitos. Cuando se metan al monte a matar pájaros con la gomera, tengan cuidado si les da sed. No piensen en eso. No lo piensen hasta que maten el pájaro y salgan de ahí. Deben de saber que si uno piensa en agua cuando está en el monte, sale la mujer con el vaso de sangre o con el vaso de pus. Así que ya saben, carajitos. Si la ven, háganse los locos. Nunca se paren en el monte cuando vean a una mujer, sobre todo si es una india buenamoza. Cuando una india sale buenamoza aprende a hacer cosas con los pájaros. Sobre todo tú, españolete. Tienes que estar mosca, porque tú tienes los ojos verdes como el monte.

La madre de Jorge nunca decía «monte» o «campo». Para ella existían bosques y praderas. Las monjas con el rostro cubierto de harina se aparecían aun detrás de la mitad de las palabras de su existencia cotidiana. O quizá era la viudez lo que más la devolvía a sus raíces, enterrada ella misma en la tierra sola, compartía con un árbol ese destino limpio frente al horizonte: tumba y ataúd. Después de la muerte del marido le entraron ganas de regresar, pero las cartas del padre, enfermo y arruinado, le sugerían desde mucho antes no volver nunca.

Hace años, hija, esto se hizo triste. No todos los desiertos que vuestra merced conocerá en la vida traerán salamandras debajo de las piedras. No regrese, no escuche si la Virgen morena la llama por la noche. Su hermana, la virginal Alicia, se nos ha muerto. Unos soldados me la robaron, como a usted me la robó ese irlandés. Pero a vuestra merced le dieron casa y patrón, y no me la dejaron gitaneando por el mundo ni mucho menos por el más allá.

Así, la luna mujer se quedó en Vidoño, en la periferia de Puerto La Cruz. Prefería la compañía de las indias en lugar de hacer las compras en la ciudad. El desastre definitivo llegó cuando la noticia de que el padre había muerto entró por la puerta grande. Jorge, por su lado, daba muestra de triunfar sin demasiado esfuerzo en todo lo que se proponía. Una mañana retó a Ángel Salcedo a entrar en el monte a cazar pájaros. Salcedo, por supuesto, se hizo del ritual que su propio padre le había confiado: para no fallar los disparos de gomera, era necesario comerse el corazón de un tucusito. Bastaba con tostarlo un poco. Eso afinaba la vista y la puntería. Pero aquella fue una noche larga, con grillos que graznaban sin mediar razones. Jorge mató varios pájaros, entonaba una melodía que su madre le cantaba. Sabía que su padre era un muerto irlandés, pero de él no había heredado ninguna canción. A él, con toda la naturalidad posible, le tocaba enfrentarse al monte sin los vestigios de un padre. En cambio, Salcedo no cazó ningún pájaro y no lo consiguió sino hasta la madrugada, envuelto en hojas, moho y lamento. Dijo que se había dado un golpe en la cabeza con una rama. Desde entonces, puso distancia entre él y san Dragón.

Después, años después, Jorge enterraría a su madre. Él había cumplido treinta años. La india que vistió a la difunta era hija de aquel que una noche defendió a la luna mujer de un terrible irlandés.

—¿A usted cómo la llaman? —preguntó, sirviéndose un trago. Acababa de enterrar a una difunta amada, pero aún tenía que resolver un negocio con el mercado municipal. El escritorio estaba forrado de papeles y facturas.

—Moraima, patrón.

—¿Hija de quién?

—De Pedro y María. Maíta es la que le trae las cachapas por la mañana.

—Venga a la casa más seguido. Podría limpiar los cuartos. Ahora en julio

vienen unas primas.

—No sabía que el patrón tuviera unas primas.

—No tenía por qué saberlo, hija.

Se tomó el trago de ron y el siguiente se lo bebió más deprisa. Se revisó los bolsillos buscando un cigarro, pero desde la noche anterior no tenía reservas.

—¿Cuántos años tiene?

—Más que el patrón.

—No sea mentirosa, si usted tiene pinta de carajita.

—Yo tenía cinco años cuando el patrón nació.

—Ustedes las indias les hacen algo a los ojos.

—Eso no es culpa de una, patrón. Yo no le hice a usted esos ojos tan verdes. Yo me acuerdo del paíto suyo.

—Recógete el pelo cuando vengas a la casa a limpiar. Aquí me llega el olor a charco y a pescado.

La india se le acercó.

—¿Qué le pasa? ¿Qué quiere?

—Mire, patrón. Yo no huelo a charco ni a pescao. Yo me baño cuando me mandan a llamar de la casa y me echo esencia de coco en el pelo. Además, las indias nos santiguamos con cariquito y canela cuando usted anda por'ái. Usted nació una mala noche, patroncito. Una tiene que cuidarse. Entre usted y su papá llevaron a la tumba a su madrecita, que era más buena que el pan y la leche.

Se dicen tantas cosas sobre los oleajes repentinos, pero nadie podría decir que el mar es un rumor anónimo. Jorge la empujó por los hombros y la arrinconó. Se dio cuenta de que los senos le brillaban, unos senos turgentes y almizclados tan comunes en estas tierras. La india no hizo amagos de susto.

—¿Quieres que te dé tu guamazo?

—Ay, patrón. Para mí que usted lo que tiene es sed.

La tiró contra la mesa y la india se paró de un salto con un labio roto, como esperando la última orden del día.

—Vienes mañana, hija. Ve si te callas la jeta, a menos que quieras que te la termine de partir.

—Sí, patrón.

Aquí es donde Jorge repasa los acontecimientos todavía frescos de la

muerte de su madre: una enfermedad abrupta, típica de las mujeres; un silencio a medianoche. Hay una canción que inaugura transparencias en la memoria, aquella melodía que lo ayudó a matar pájaros cuando se enfrentó al monte y a Ángel Salcedo; la misma canción de salamandras que Luna entonaba en madrugadas distantes con Jorge recostado en su pecho, mientras conversaban en el porche, mientras la luna del cielo se posaba maniática sobre el lomo de los caballos.

—Madre, usted habla diferente a la gente de este lugar.

—Eso es porque yo nací en otro lugar.

—¿Y mi padre cómo hablaba?

—Ese ni siquiera hablaba español. Salvo por dos o tres cosas: «Échese en la cama, you moon». Prométeme que nunca le hablarás así a una mujer, Jorge.

—¿Qué cosas le puedo decir a una mujer?

—Cuando crezcas podrás decir:

Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

—Eso lo escribió tu padrino, ¿verdad?

—Sí, el pobre Federico, que el Señor lo tenga en la gloria...

—¿Lo mataron porque escribía sobre gitanos?

—Lo mataron porque hay gentes sin corazón, Jorge. Hombres que roban en los mares y se roban a las muchachas.

—Estás hablando de mi padre el irlandés.

—¿Te enoja que hable con esas maneras?

—¿Es verdad que te iba a matar la noche que nací?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Las indias.

—Es la verdad. Ese ya tenía una mala vida antes de nuestra unión. A mi santo padre no le dio tiempo de advertírmelo, lo supo no hace tan poco.

—Pero usted le quería...

—Le quise, sí.

—Yo quiero sentir rabia, mamá. Es que quisiera tener padre. Siento vacío el pecho.

—Y vacío es que lo debes tener, niño. Pero esta luna no puede hacer nada por ti. Solo puedo darte una madre y que el cielo y tu bondad me perdonen si eso no es suficiente.

—Uno no debe de querer mucho a la gente. Yo quería a Soledad y ella se murió. Y usted quería mucho al irlandés y ya ve en qué terminamos.

—No digas eso, muchacho. No me llegue a adulto sin querer a nadie.

—¿Cuándo iremos a ver el mar?

—Puedo mandarte con Pedro y María. Pero no me pidas que te acompañe, por favor.

—No entiendo qué tiene usted en contra del mar.

—Mi primer niño fue concebido en el mar. Pero a las pocas semanas se fue, huyó. Después llegó su merced y fui feliz. No me pida que regrese a la boca del dragón, no me deje sin buenas salamandras.

—Madre, usted habla raro a veces. El mar no le va a hacer nada.

—Eso dices porque eres un niño puro. Y mira que venirme a llamar Jorge. Un día me vas a salir con lanza y caballo a matar dragones y rescatar doncellas en apuros. El mar nunca es una criatura anónima, el mar suele ir más allá de todos los alfabetos. Quienes han vivido aquí, frente a las paredes de espuma y los deshechos nacarados, lo saben.

EL MONTE

Tonta salamandra, sobre la hierba seca,
no ves que el halcón tuvo hambre antes de nacer;
no confíes en el buen oficio de las piedras,
siempre traiciona quien tiene pasado de mujer.

Con estas palabras abría el diario de doña Luna. Era la canción con la que dormía a su niño. Moraima lo encontró la segunda vez que entró a la casa por orden del patrón. Llevaba una bata blanca y el cabello en moño, de donde le

colgaban unas piedritas brillantes. Arrancó la página y la puso en su bolsa, junto con otras pertenencias que había recolectado en la casa. Cuando Jorge llegó, la encontró sentada en la cama materna.

—Hoy me dijeron que usted nunca ha parido.

—Nunca, patrón.

—¿Estás seca?

—No.

—¿Entonces?

—Me las apaño, como decía su difunta madre.

—¿Qué haces en su cuarto?

—Sabía que usted vendría p' acá antes de meterse a bañar.

—Así, Moraima. Te puedo despellejar y nadie se enteraría.

—¿Usted se sabe la historia de san Jorge?

—¿Qué? —bufó, revolviéndose los bolsillos—. ¿No oyes lo que estoy diciéndote?

—¿Usted sabe por qué su mamá le puso el nombre de un soldado?

—También significa granjero, hija.

Jorge se fue de bruces contra Moraima, sorprendido en el acto de verse a sí mismo emerger desde el desconcierto y la furia. Le deshizo el moño con dos manotazos, arrancó sus collares y desgarró la bata. Las indias no usaban ropa interior, nunca iban a la ciudad a comprar esas cosas. Su piel brillaba con intensidad y los senos le temblaban.

—¡Grita, maldita! ¡Grita!

Moraima apenas esbozaba un rictus de burla.

—¿No le vas a pedir un coño a tus indios muertos? ¡Grita, maldita coño e' tu madre! ¡Grita!

Moraima se reía, a pesar de que rozaba el desmayo. Jorge la arrastró de un brazo desde la cama y la tiró sobre la alfombra. Un, dos, tres: la sodomizó. No es que le gustara demasiado esa tenaz fricción de membranas; si se detenía a pensarlo, hasta sentía repulsión, porque las indias también eran hembras, pero indias al fin y al cabo. Los orificios de estas mujeres eran particularmente oscuros y fragantes, y a Jorge los excesos de melanina lo ponían nervioso. No era, pues, lo que más podía revolverle el goce, pero prefería una cogida de esa exactitud porque temía fecundar: la idea de un hijo con una nativa le

incomodaba los pálpitos. Entonces la saturó sin avisar, le encestó un resabio, le tapó la boca, le zumbó detrás de la oreja, le dijo que le pidiera perdón, la dejó descansar unos segundos y luego regresó a exigirle berridos; le dijo que le daba náuseas y rabia cogerse tan sabroso por el culo a una mujercita con cara de mono añejo y le aplastó la cara contra el suelo, le expidió hasta el fondo del fantasma y el monte. Y cuántas veces les apareciste a los hombres cuando se perdían entre los árboles y de cuántas perlas te adornaste para que te dieran fiesta, dime, pues, de qué comes cuando quieres que un perro te joda, de qué te pintas cuando quieres que un blanco te entierre el machete en esa cuca de carey que se te calienta porque eres una animal y porque hueles al semen que todavía no te dan de beber. Cuando se cansó, la amarró con una cabuya y le tapó la boca con un par de medias.

EL INVIERNO

—Quita el polvo y ponle las flores —ordenó Luna, envejecida de golpe, envuelta en una manta púrpura.

—¿Dónde enterraron al irlandés?

—¿Cómo?

—Solo quiero que me diga.

—¡No sé qué hicieron con el cuerpo de su padre! Perdóneme.

—¿Cómo que no sabe?

—Ya no le quise saber más, entiéndame. Los indios se lo llevaron y recuerde que después parí un niño.

—¿Usted se acuerda cuándo Ángel Salcedo se perdió? Ese día yo cerré los ojos y no escuché nada. Después los abrí y escuché la voz de mi padre. Me dijo que buscara sus huesos. ¿Está segura de que ese hombre quería matarla?

—¿Pero cómo te atreves a preguntarme eso? Su padre llegaba borracho de putas y ron todas las noches, y después pretendía que lo atendiera como a un gran señor. Hijo, usted fue concebido a los golpes. Esa noche, Sean había discutido con un ganadero que no quería pagarle lo que pedía, y llegó furioso a casa. Entonces me empujó y me obligó a servirle. Y que Dios me perdone por

hablarle así a usted que es un niño. ¿Pero cómo se atreve? Si no es por Pedro, lo hubiese matado a usted también. ¿La tumba de su padre? ¿Quiere saber dónde está la tumba de su padre? ¡No se quede callado! ¡Conteste!

—Este no es lugar para discutir. Y yo, madrecita querida, voy a cumplir quince años. No se disculpe, usted ya está hablando con un hombre.

Ella se arrodilla y toca la tierra. Piensa en las salamandras que se colaban a su casa de Algeciras. Piensa en los hombres fuertes y morenos que llegaban del sur para vender utensilios exóticos, con aromas y colores de otras épocas. Piensa en su padre, en los barcos imponentes que partían y regresaban. Y que no regresaban.

—¿La llevo o puede caminar sola?

—¿Cómo me ves, hijo? ¿Sigo siendo una mujer hermosa? ¿Soy torpe? —le habla desde el suelo, sin volver el rostro.

—Me gustaría que se levantara. En la casa le puedo responder mejor.

—Dígame.

—Claro que sigue hermosa. Por aquí se dice que es un desperdicio que no haya buscado compañero después de tantos años.

—¿Qué tanta falta puede hacerle un padre si yo le di todo? Lo eduqué, levanté esta tierra; le canté, por si ya se le olvidó. Le mandé a buscar libros, para que no fuera un bárbaro como los indios que tanto le molestan.

—Cálmese. La gente la está mirando. La van a echar de aquí por estar haciéndole bulla a los muertos. Venga.

—Esta noche no le quiero ver sentado en mi mesa. Si quiere, vaya y pregunte qué hicieron con el cuerpo de ese hombre.

—¡Usted no entiende! Como todas las mujeres, carajo: ¡imprescindible! ¿Lo ve? ¿Ve qué bien puedo hablar?

—No haga que lo corra de mis tierras, pedazo de carajito. ¡No me busque!

—Usted no es imprescindible, madre. Esa es su tragedia. Con ser una mujer piadosa y sencilla bastaba, pero no, qué va. Usted es patrona de una raza de animales que nunca se amansa. La próxima vez que le venga la regla debería ordenar que sus indios le traigan un sacrificio, que la bañen de sangre y le bailen alrededor.

Luna atravesó el cementerio, obligada por su posición a responder los saludos que le prodigaban. De vuelta a su reino de reses y sembradíos, se

sumergió en una ponchera que había mandado a instalar en su morada más íntima, allá al fondo de la casa, donde reposaba un altar a una virgen morena que no conocían en estos parajes. Ordenó a su doncella india que vertiera agua fresca y esencias preparadas especialmente para esta ocasión: el cansancio le pedía cariaquito, rosa mística, hierbabuena. Su doncella era una kariña de 15 años, cuyo oficio consistía en ordenar las cosas personales de la patrona: las botas, sus zapatillas para cenar, unas cremas perfumadas.

—¿Qué le pasa, señora? Está llorando y no le cuenta nada a su muchacha.

—¿A ti te contaron lo que decía tu gente cuando nació mi Jorge?

—Ese hijo suyo, patrona. Se nos puso amargado ahora que está hombrecito.

La india frotaba el cabello, bajaba por los hombros y se esforzaba por exfoliar la piel de malos pensamientos. Pero el dragón del mar acechaba, las costuras de un océano dejaban huir rumores que se asentaban en los intersticios endebles, la mala suerte, la fiel muerte, las primeras postales de la expiación que nunca llega. La india frotaba el cuello de su patrona y cerraba los ojos, se mordía los labios cuando sin querer rozaba los pezones pálidos. Le enjabonaba los brazos, cada dedo.

—Patrona, perdone que me meta, pero deje que ese muchacho haga lo que le dé la gana. Usted ya lo crió. Ahora, debería buscarse un marido.

Desde ese día, Jorge y Luna se limitaron a darse los buenos días y las buenas noches. Pedro confesó haber enterrado al irlandés en la frontera oeste de la propiedad, donde se amontonaban unas matas de mango. Allí iba a parar Jorge cuando algún evento le alborotaba la vida: una borrachera, una mujer por primera vez, un recuerdo que nunca estuvo o un sueño con visos premonitorios.

Pasaron los años. Una noche, Jorge sodomizó a una india que parecía imponerse sobre su calma labrada con esfuerzos.

EL REINO

—¿Qué quieres? —preguntó Jorge, boca arriba, con una mano en el pecho.

Moraima apenas respiraba. Jorge hacía un esfuerzo por entender por qué los senos le brillaban de esa manera. Luego, ella empezó a cantar en la lengua hosca con la que hablaban los kariñas entre ellos. Despertó y se tocó el vientre. Lo miraba.

—Yo quiero que usted sepa, patrón. Que sepa aquí.

—¿Qué?

La india se encajó sobre él: ella abrió la boca como si el aire fuera el mapa del tesoro. Jorge quiso contenerse pero era tarde: ya las gallinas se habían recogido y la humedad era la ley. El cuerpo empezaba a responderle con una fuerza renovada, inevitable. Una fuerza que no admitía anonimatos. La india revoloteaba en silencio. Las tetas firmes y brillantes se bamboleaban bajo las órdenes de un vientre inexorable. Jorge no quería acabar dentro de ese recinto repentinamente familiar, un recinto oscuro y caliente que le causaba un dolor en el pecho. Luego, la polución fue justa. Moraima se acostó a su lado y apretó las rodillas. Jorge se desencajó con un sollozo. Ella se levantó, dejó la cabuya en la cama y se fue. Él se sumergió en agua y lloró otro poco. Quería ver salamandras, quería un rostro que acababa de enterrar.

Nunca había matado a nadie, ni siquiera había dado órdenes de algo semejante: su madre siempre le dijo que la ley de los hombres era parangón de la ley del Señor. Sin embargo, nunca era tarde para intentar una empresa de ese calibre. A las nueve de la noche de la jornada siguiente, se puso las botas y comprendió el legado que el destino le ponía a sus pies: la hija del asesino de su padre se había puesto una soga en el cuello. Sin embargo, el dolor en el pecho parecía prometer una estancia prolongada. Jorge apenas podía caminar por aquellas tierras, la memoria ya no se velaba en una censura conveniente: todas las canciones y los versos de Luna se le amontonaban en la lengua.

En casa de los indios le dijeron que ella estaba en la cantina. Algunas noches trabajaba limpiando la barra. Cuando llegó, pidió un trago, y los conocidos de siempre le invitaron a jugar una partida de truco. Se negó con buen gesto. Al verla, sintió la erección. El dolor en el pecho se tornaba dulce, porque el corazón se apresuraba como un potro recién nacido. Moraima sonrió y se recogió el cabello. Se mojó los labios y le dijo a su jefe de jornada que ya tenía que irse, que su otro patrón la necesitaba para un mandado.

Jorge tenía cargado el revolver. El peso lo delataba en su manera de caminar. Pero ya no tenía claro el procedimiento que se había planteado:

llevarla hasta la parte alta del río, cogérsela —por qué no—, un tiro en la frente y tirarla en una zanja. En Vidoño, cuando aparecía un muerto, lo más sano era olvidarlo pronto. La periferia tenía su ritmo, no era necesario alborotarlo por un espíritu menos. Estaban en una vereda de puertas y ventanas cerradas cuando se le echó encima y le abrió las piernas. La bebió. Esta vez, Moraima no hizo ningún gesto silencioso. Se apretó los senos y rugió, se separó las rodillas cuanto pudo. Jorge respiraba con torpeza de cara a la carne, sofocado entre aguas y vellos. Entonces Moraima empezó a gritar con angustia. Se lo quitó de encima y levantó la voz para pedir ayuda. Jorge estaba arrodillado, sin despertar de las mieles oscuras del sabor ácido y vegetal.

—Cállate la boca. ¿Qué, no te gusta? —le inquirió, cuando por fin se dio cuenta del escándalo.

Ella no dejaba de dar vueltas como una loca, arremangándose el vestido y aguantándose los pechos.

—¿Qué-es-lo-que-pasa-aquí? —inquirió una voz ronca salida de la oscuridad al fondo de la vereda.

Cuando el rostro se iluminó bajo los faroles timoratos, Jorge reconoció al individuo. Avejentado y rollizo como un puerco, era Ángel Salcedo en sus labores policiales, como la mayoría de los hombres en su familia.

—Ajá, el españolete y doña Moraima, ¿qué se traen entre manos?

Moraima fingió un desmayo. Entre pujidos y manos a la cara, balbuceó que el patrón se quería aprovechar de ella.

A Salcedo no le daban las cuentas. La fama de Moraima la precedía. No era una mujer fácil, pero nunca dio evidencias de que no pudiera poner las pautas. Jorge, por su lado, negaba con la cabeza, esbozaba una historia de mala leche, de imprudencia, pero jamás de falta de respeto. Ni Dios lo quiera, Ángel, en esta tierra el que no es varón y caballero, pierde. Entonces, Moraima se levantó y miró los ojos del policía.

—Usted no me cree, eso sí es verdad que es muy malo. Yo sé que a usted no le gusta caminar solo por el monte.

Ángel se puso en guardia, se tocó la pistola y tragó. Agarró a Jorge por el brazo y le dio la orden de partir.

—Hermano, deje que esto pase. Por su bien.

—Pero...

—Yo se lo dije hace años. Usted tiene los ojos como el monte. Yo que se

lo digo, no se meta en vainas.

Jorge regresó a la casa grande y a la mañana siguiente despidió a los empleados. De Puerto La Cruz mandó a traer otra gente, también de Maturín. Pero los negocios no le fueron con buen pie. Mucho ganado enfermo y una sequía que prometió de la nada instalarse hasta nuevo aviso. Luego se tejieron intrigas y leyendas. A veces se oían quejidos en casa del patrón y se empezó a decir que eran los muertos de sus padres que lo visitaban por la noche. Cuando iba al cementerio, le dejaba flores a una niña llamada Soledad, que lo bautizó san Dragón cuando era niño. También le ponía flores a una madre que cantaba a los gitanos y a las salamandras. Después, Ángel Salcedo se murió, no sin antes recordarle cada vez que lo veía que lo mejor era dejar las cosas así. No te vayas a echar esa vaina, españolete. Desde entonces, cada vez que veía una india bajaba la cara y entonaba un rezo, un intento de rezo que nunca llegaba.

NUESTRO SEÑOR, ALEXANDER STEIN

Si tocas tu sueño, morirá.

BERNARDO SOARES

A Miguel Gomes

Mi abuela, Ana Adelina Arreaza, vino al mundo un 15 de agosto, el mismo día del nacimiento, en Lisboa, de Fernando Martim de Bulhões e Taveira Azevedo (1195), más tarde conocido como San Antonio de Padua. Ana era descendiente de un vasco que perdió los estribos por una andaluza con la que emprendió travesía desde las costas de Oporto hasta el oriente portocruzano, luego de que la familia lo desheredara por rendirse a las brujerías de una gitana, que para colmo de males, pregonaba la libertad del joven continente. Después, los descendientes de la travesura se unirían al color local («Ponzoña caribe»), habría dicho doña Amaia Arreaza-Muguruzuga), lo cual daría origen a una casta de mujeres que andaría por la ancha vida rindiéndole honores a Capuano —señor de todo en la tradición kariña— y al apellido euskara que las dejó sin fortuna y prestigio, habitando la salina sucursal macondiana que es Puerto La Cruz. ¿Por qué cuento esto? Un día, el nido muestra su sereno carácter frente al viento, y la lluvia decide arrancarle el polen a la luz. Encontré una foto de mi abuela a los diez años, mientras los dolientes de la cuadra y la familia la despiden en el patio donde recibía a sus clientes. Resulta insólito este olor a peltre con cariaquito morado que me renueva un consabido escozor: si me pidieran un recuerdo tendría que hablar de los senos de mi abuela que nunca olieron a sebo ni a curri; y por supuesto, hablaría del hombre alto y enclenque que se sentaba a un costado del gallinero con expresión generosa, vigilando el juego de un niño rechoncho: luego me

explicarían, así sin más, que se trataba del mismísimo san Antonio, patrón de Padua y Lisboa.

Miro la foto. La niña de cabellos largos me devuelve el gesto en blanco y negro, mientras mi madre conversa con su hermana menor, Lucía:

—Mija, yo digo que este morado de aquí es una chiripa que me estaba ruyendo el cuello.

—¿Y qué pasó, manita? ¿Tú te trajistes los discos de Rocío Durcal? A maíta le hubiera gustado que la despidieran con «Una gata bajo la lluvia».

Por alguna razón que debo comprender apresuradamente, Ana Arreaza ha querido que yo herede el mazo de tarot que exhibe en la foto. Es uno viejo, al estilo del clásico Rider-Waite, pero con algunas pretensiones cirílicas que pondrían de cabeza a un semiólogo cualquiera. A los diez años, mi abuela aprendió a leer el futuro e iba por la ancha vida diciendo cosas que no pudo pensar por ella misma, como reza en el cuaderno de quinto grado:

A-l-e-x-a-n-d-e-r (el dibujo de una nube, un árbol y un sol sonriente) si hubieras visto la noche las matas los pájaros hizo luna como si hiciera sol la vieja de los dulces se murió también y nadie dijo nada si hubieras sido tú el fantasma debajo de mi pellejo que pasa y se muere (el dibujo de una mujer y algo parecido a un gato). ¿Me perdonarías si te llamo otra vez? Yo a veces creo que sé qué tú entierras en la niebe nieve (un garabato que parece una nave nodriza o una caja con patas y orejas).

A esa edad yo quería ser astrónoma y no le escribía declaraciones como esas a nadie en la última hoja de mi cuaderno. Pero resulta que el origen del mundo tiene mucho que ver con los besos que vimos a escondidas entre nuestros mayores. Si algo me une a mi tía Lucía es que a los diez años la vi, en nuestro patio de San Antonio, perder la compostura con Castico —el hijo mozuelo de Casto Caeiro Fernandes, insigne surtidor de panes y embutidos en el barrio—. Por supuesto, yo me negaba a creer que el mundo estuviera en los monstruosos gemidos de una mujer, y no en el polvo galáctico que nos llegaba por las noches con miles de años de atraso. Alguno dirá con remordimiento cristiano que los gemidos de una mujer no son monstruosos, pero como ha de constar, ya no tengo diez años y en lo que respecta a gemidos femeninos, no me ha quedado otra que escucharlos desde adentro.

Fue a los diez años, entonces, según los registros suministrados por las hermanas que la sobreviven, que Ana conoció a Alexander Stein. En la caja

donde encontré la foto, había una selección de cartas dentro de un sobre. He tomado una al azar:

En algún sentido uno siempre está solo. Si miras bien el rostro del caballo de tu jardín, entenderás para qué sirve recordar dónde queda la tumba de tus enemigos: invocar ese trayecto solo es posible cuando se ejerce la soledad. Ahora mismo lo siento aunque la ausencia tenga tal alcance metafísico: hay una ausencia que se edifica en las cosas más concretas, se diría que hasta en las cosas anodinas —el café con el que simulamos un desayuno o la comprensión disimulada del universo—. Donde no hay árboles crecen los presagios más duros. Aquí hay un camino largo entre un recuerdo y otro, leo una serie de poetas polacos muy tristes, pero por favor, no te voy a dar detalles de estos tránsitos. Sin embargo, eso explica que me sienta como el granjero que se detiene en la colina y mira despacio el pedazo de tierra que le fue dado: creo que en esa colina el silencio es más intenso y la visión más angustiada, porque el silencio magnifica el deseo y la necesidad. Lluve mucho, Ana. Desde hace 23 días llueve sin parar: los defino como aguaceros blancos y serenos, y también imagino que así los llamarías. Ya sabes lo que le hace la lluvia a la luz: la despoja de culpa o de enemigos soñolientos. Me dices que en unos meses tendrás a tu hijo. Espero que sea varón. En tu familia las ausencias devoran el corazón de ese caballo triste. Te sugiero que le cantes como cuando tenías diez. A mí me servía.

Stein tenía 33 años cuando se mudó tres casas más arriba de la propiedad de las Arreaza. Había llegado al puerto de Guanta con un cavaquiño y mucho anís de uva, procedente de una vida volátil que partió desde Oporto luego de algunos aprendizajes balcánicos, llevándolo a ordeñar vacas, pulir pisos, cargar trenes, dar clases de alemán y hasta cantar «The Rocky Road To Dublin» frente a un consulado británico. Se estableció en la comunidad haciendo zapatos y carteras que vendía a crédito; usurpaba los oficios de los libaneses recién asentados en el barrio. Nadie podía dar cuenta de dónde había nacido ni por qué hablaba tan diáfano español. Hasta que un día empezó a recibir en su patio a las señoras de Sierra Maestra, bajo una carpa del mismo estilo que usan los judíos para casarse. Pronto se hizo fama: además de

zapatos y botas, también daba con el futuro monetario, descubría cuernos y desmontaba trabajos de otros artistas de lo oscuro.

Era alto —según me cuentan— con esa belleza blanca que yo misma he cultivado en mis ansiedades, la belleza de ese infierno que entre noviembre y febrero azota los nortes desconocidos. Las mujeres de mi familia, en cambio, siempre han gustado de hombres fuertes y oscuros: ese cuerpo primitivo que invita a los desmanes, el típico moreno que enciende a las europeas que vienen por estas playas. Mi padre, por ejemplo, era oscuro, de buena educación militar: lo último que recuerdo de él son sus pródigos disparos a las palomas que visitaban nuestro jardín, y aquella tarde que tomó a mi madre de improviso mientras yo jugaba detrás de las sábanas que se secaban al sol: luego leería, en estos estudios que hago lejos, que el amor es un dios al que pintan armado. Que la hubiese dejado tan pronto solo fue la consumación del sino familiar: los hombres nunca se quedaban mucho tiempo al lado de una Arreaza. Fíjense en el caso de Castico Caeiro: después de visitar a mi tía Lucía y ponerla de rodillas al lado de la mata de nísperos, decidió largarse a Lisboa para estudiar. Regresó siete años después, casado con una Fátima cualquiera, para regentar las tres panaderías que el viejo había montado en el centro de Puerto La Cruz. Por su parte, Lucía contrajo nupcias con un aspirante a ingeniero que no pasó de batir mezcla, que se hartaría del mundo en una borrachera que lo llevó a perder la vida a manos de un compadre.

Una noche de lluvia, sin tregua y canciones olivas, Ana se levantó con el alarido atravesado. La residencia era —es— grande como su historia y estaba llena de patos que surtían de huevos a las casas vecinas. Gritaba que tenía la boca llena de sangre porque le habían robado los dientes. Así se repitió por cuatro noches, sin treguas y con aceitunas, hasta que la madre decidió buscar ayuda especializada. Lo más lógico era dirigirse al señor Stein, que también se hacía el desayuno gracias a nuestros patos.

—Soñar eso significa que alguien va a morir pronto.

Tres días después empezaría la orfandad de mi abuela. Hermanas mayores le sobraban, las tres que vivían en la casa —Roberta, Alma y Emilia— y las otras que se habían regado por ahí; pero Ana tenía un espíritu silencioso, apegado a las faldas de su comfortable maíta. En esas circunstancias empezaron las visitas de Alexander, que primero ofrendó muñecas y dulces, llevado por la culpa, como si leer los símbolos de la vida lo hicieran partícipe

de los retorcidos designios que estos propagaban entre los hombres.

—Usté es malo —Moco, puchero, calor, pollina—. Se llevó a mi mamá —musitó mi abuela la primera vez que lo recibió.

—No digas eso, bitte —le rogó, subiéndola a sus piernas y mostrándole un caballito de metal que traía en el bolsillo.

—No me traiga nada, ya yo no tengo a nadie con quién jugar —rezongó ella, alejando el caballito, pero escondiendo la cara en el pecho de quien se lo ofrecía.

—Hay mucho para darte. Te diré cómo ver a la gente y un día de estos podrás ponernos reparo —le confió, meciéndola, oliéndole el cabello. Arréglate el lacito qué lindos zapatos hueles a flores yo lamento no oler así no te muevas mucho por favor me duele pero no no tranquila no es nada solo ten cuidado con las manos sí sí puedes hablarme al oído así escucho mejor ya no importa quítate el lazo si te molesta no muevas los pies en serio está bien sí son grises de verdad para qué me quieres tocar los dientes qué inquieta ahora te ríes mira el falso horizonte que el sol inventa en el borde de un muro.

—¿Y se pondrá triste como yo?

—Que no quede duda.

—Bueno.

—Bueno.

La serenidad impostada de esta ciudad sin estaciones a veces roza lo numinoso. En vacaciones es una pocilga que solo se justifica para dormir después de un día tomando el sol en las islas cercanas. La primera vez que yo concebí mis gemidos de mujer, venía de la playa, y pensé en las cosas que nos sugiere el cielo cuando lo vemos con varios tragos de ron en la cabeza. Luego uno comprende que cada tribu tiene su puñado de dardos y esa forma única y vieja de hablar con la patria celestial. Al día siguiente, Ana recibió el mazo de cartas que utilizó toda su vida, aunque sus nietas insistimos en regalarle barajas nuevas cada 15 de agosto. Cuando llegó el tarot, Dalí se encogió de hombros con el ceño arrugado y se puso a mirar las fotos que guardaba en una caja de bombones: un hombre con sombrero y bigote, al lado de un joven Alexander.

Echada en la grama del patio, Ana se tocaba el vientre mientras miraba el cielo y se hacía la sorda con las cigarras, quizá intuyendo todo aquel trabajo que tendría después del abandono y las lecturas del tarot. Me imagino que san

Antonio la protegió de todo mal hasta que la orfandad le trajo como recompensa al señor Stein, con sus canciones extranjeras y el humo de las picaduras que tiznaba a cuanta hembra lo conocía en el barrio. Por otro lado, las hermanas mayores estaban muy ocupadas con el mundo ancho y los hombres oscuros, como para atender demasiado a una niña que se estrujaba cariaquito en las manos porque nadie le había regalado una colonia.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—Ajá, acuéstese.

—¿Sigues soñando?

—Sí, con maíta. La veo en la urna y es de noche, pero no se ve la luna. Entonces el cuerpo me pica y empiezo a llorar como cuando estaba más pequeña.

—Me gustaría tener sueños así. Eso me dice que todavía te crecen las ramas. Yo me estoy quedando sin las mías y pronto me voy a quedar desnudo.

Alexander vestía traje impecable y su estampa era titánica al lado de la niña de ojos que una foto en blanco y negro me revelan sospechosamente ingenuos. La brisa del mar se arrastraba entre los armatostes de la ciudad y ponía acuosa la mirada del animal argento. Mi abuela, sin vacilar, buscó guarida. Esas son las cosas para las que una viene al mundo despojada de miedo, aunque la boca sea sed pura y el corazón un jinete de mala espina. Lo jaló de la mano para que el regazo la arropara. Ana trató de respirar al ritmo de Alexander, pero él estaba apresurado. Esa tarde, ella no tuvo ningún sueño, aunque sí un ajuste de ramas, mientras que él prefirió ampliar el sentido políglota de la niña:

—Os deuses, não os reis, são os tiranos. Es la ley del fado la única que oprime. Pobre criança de maduros anos, que pensas que há revolta que redime! Mientras pesa, y siempre pesará, sobre el hombre la sierva condición de súbdito do Fado. Ana, ¿tú qué sabes de estas cosas? Meus dias passam, minha fé também. Para una ausencia como la mía, mientras duermes o pasan los años, solo queda la ceremonia. Por eso es importante que sigas mi consejo: procura convertirte en diosa de una tribu o algo parecido.

La sangre hizo estragos en el corazón de los presentes. Alexander sacó una carta que le hablara de su propio corazón: El diablo, por supuesto, con ese gesto de aburrimiento que producen las evidencias. Lo mismo que un caballero templario o un sultán frente al contrincante. Dejó la imagen sobre la grama

humedecida por el súbito rocío de las seis de la tarde y trató de dormir. Pero soñó con la última nevada que vio en su vida, aquella que lo dejó solo por primera vez.

—Usted creerá que estamos toditas locas, pero déjeme decirle que lo podemos meter preso. ¡Ana es una niña! —el falsete lo despertó; Roberta estaba de pie junto a mi abuela.

—Nada más quiero enseñarle... —intentó aclarar mientras se levantaba y se ponía el saco.

—¡Nosotras no le tenemos miedo a un patiquín que medio fuma el tabaco!

—Guarde calma, mi señora. Déjeme que le vea la mano. Sé que sufre por las noches cuando su marido no llega a dormir.

—¿Cómo?

—Venga, siéntese y déjeme verla.

Stein tomó la mano de Roberta, la mayor de las hermanas Arreaza de aquella generación. Cuando acarició la muñeca con la punta de su dedo y, acto seguido, lamió la palma de la mano, ella se vio tentada a pegar un brinco, pero de inmediato un grillete se apostó en su ser. Nunca había reparado en la cara de este hombre: sin duda, era bello. Tenía los ojos grandes y largas las pestañas, como largos eran sus dedos de factura marfil. El mote de señor, a fin de cuentas, era exagerado, pero la expresión bruñida siempre le sumaba siglos a la estampa, incluso cuando sonreía por demasiado tiempo, justo antes de decir algo que cambiara el rumbo de las cosas. Se podía decir que era como la muerte: oscuro —pero tan blanco—, fascinante, como esas historias de terror que nos repetimos, emulando una canción de cuna: ¿no es maravilloso saber, por ejemplo, que a los bebés los entierran con unos granos de arroz en los ojos para que no se les cierren y así no se pierdan camino al cielo? Roberta tenía 24 años esa tarde. Stein saboreó el sudor de la mano y le dijo que nunca ganaría si no aprendía a jugar en negro:

—No entiendo nada, y suélteme, por favor.

—No la veo quitar la mano, mi señora...

—Hable de una vez y déjese de vainas.

—La gente tiene colores. Yo soy blanco, entre otras cosas, porque casi me morí una vez de puro hielo. En fin. Pero usted se juntó con un demonio schwartz al que le gusta el carbón. Déjelo que esta noche la huela diferente, aliñada, y él correrá a enterrarse donde usted diga.

Roberta se levantó sin decir nada y se quitó la falda. Su habitación estaba oscura y mi abuela todavía estaba en el patio. Ella intentó un grito, pero él le tapó la boca, vigilados como estaban por una reproducción de La Gioconda, que según contaban las más viejas del barrio, era pésima compañía para la habitación matrimonial. Stein le dio vuelta y con la otra mano penetró en la hendidura. Le dio a probar y le dijo que su sabor era torpe. La acarició con buen pulso, como ella recordaría para siempre, mientras aquel fluido se adhería a sus dedos. Roberta estaba cansada y se retorció en el colchón, decía palabras lejanas que más tarde no podría recordar. Él empezó a cantar diciendo nombres extraños, invocaba cosas probablemente muertas. A ella le dio por sentir terror, sin embargo, el calor entre sus piernas no le permitía ir más allá de sus silentes gemidos de monstruo doméstico.

—Cógeme, anda. No voy a decir nada —dijo apretándose las tetas.

Pero Alexander no trabajaba con esos dioses rústicos. Prestarle sus servicios a Roberta no exigía demasiado afán. Solo un poco de él bastaría para que el demonio negro se ocupara de la hembra y la distrajera de sus responsabilidades de hermana mayor. Se hizo una lenta paja, hasta que el semen emergió histérico.

—No se bañe, mi señora. Trague —Así Stein tomó un poco y se lo dio a chupar. Ella, presurosa, por poco se traga la mano entera—. Esta noche cuando llegue el negro, invítelo. No le tenga miedo al iracundo, pero hágale creer que usted se dejará matar.

Y así fue como Alexander Stein puso una X en su cuaderno sobre el nombre de la hermana mayor de mi abuela. Al día siguiente, fue a la casa y le explicó quiénes eran los arcanos mayores.

—Debes entender que los hombres no somos profundos como el mar ni complejos como los astros. «Dame más vino, porque la vida es nada», me dijo una vez un caballero al que atendí en Lisboa.

—¿El de la foto con el sombrero y el bigotico?

—Sí, ese. Ahora presta atención: mala cosa es nacer mago o diablo. No confíes en la gente vieja que insiste en comportarse como un niño, que sonrío demasiado o que siempre tiene una tragedia que contar. El que niegue la otra cara de la moneda tiene cuarenta ladrones bajo la manga. No creas que alguien es bueno porque te gusten sus ojos, y si un día tienes hijas, recuerda decirles esto también. No olvides que el alma existe y que es débil, por eso fuma y

hace penitencia. No te distraigas con los pájaros, por favor. Pero ten piedad de los que nacen colgados, porque siempre eligen el camino difícil, los pobres santos. Esos son los que agarran para sí el peso del mundo, mientras Dios hace la siesta. Imagino que eso debe de ir en la sangre. A veces el alma cree que haciéndose fuerte no deseará morir un día. Pero está bien querer morir un día. Tampoco es bueno olvidar a los lobos que gimen por la luna: teme a los que solo buscan la luz en el cielo. Las mujeres son más sencillas. Todas quieren ser la Estrella del Loco, o arrugan la cara si un Sumo Sacerdote es el que las quiere. Pero cuando llegan viejas pasan todas las facturas, por eso las brujas mayores tienen mejor pulso.

—¿Tú qué eres?

—Saca una carta.

—El Ermitaño.

—¿Qué ves?

—Un señor viejo. Pero tú no eres vieeeeejejo. No entiendo.

—Pero, además de viejo, ¿qué más?

—Tiene una rama y un fuego.

—Y, ¿qué es el fuego?

—El fuego es lo que ponemos por la noche.

—Y ese fuego, ¿es bueno o malo?

—Depende.

—¿De qué?

—No sé... de si quieres quemar el gallinero o alumbrar el cuarto.

—¿Y qué crees que haría yo?

—Bueno, voy a sacar otra carta: Templanza.

—¿Qué ves ahora?

—Un ángel con cara de bravo. No entiendo.

—Estas cartas dicen que debería irme. El Ermitaño se retira porque hay una lámpara en el bosque. Aquí no hay bosques, ¿verdad? Solo sal y palmas y pescado salado —dijo con la voz alta y luminosa, dirigiendo todos los señuelos de su hermoso rostro hacia el aire. Mi abuela lo miraba y se preguntaba si era posible. O pienso yo que se preguntaba si era posible que un animal plateado, amable y perverso fuera suyo. Porque a los diez años, una mujer ya puede pensar más o menos como lo hará el resto de su vida: esto es

mío, esto no. Y si no es mío, me lo agarro igual, Dios no puede hacer nada con las cosas que guardo en la cómoda, entre pantaletas y cartas de amor.

—No, no te vayas. Tengo sueño. Y di «pescao salao», así sueñas menos patiquín.

Ana soñó con la nieve por primera vez, esa pradera blanca que tiraba de su vestidito, mostrándole palmeras y aves de otras razas. Stein la cargó y la llevó a su cuarto, mientras en la pieza contigua, Roberta recibía los azotes del marido que, entre pujidos y ensartadas, le pedía explicaciones sobre el aliño reciente. La cama de Ana era pequeña y Alexander prefirió sentarse en la mecedora. Prendió una vela y desde allí, en el vaivén soterrado, miró a mi abuela revolverse entre las sábanas en un sueño pesado, con goterones de sudor que le corrían por la frente. Pensaba si debía dejarla con esa ropa o ponerle una bata. Stein sabía que después de todo era malo soñar con la nieve. Revolvió las cartas una vez más, pero no se animó a hacer la tirada completa que le revelara la rueda de su destino. Apenas se conformó con un arcano, justo antes de que Alma entrara a la habitación, dispuesta a hacer el escándalo del año.

—No sé qué le hizo a Roberta, pero conmigo se las va a ver. ¿Qué hace a estas horas con la niña?

—Mire, Alma, su carta es el Mundo. Estoy aquí para decirle la verdad.

—No se juegue conmigo, yo no creo en esas vainas de viejas.

—Usted cree en una sola cosa. Sabe que se nos va a morir pronto si continúa con esa virginidad a cuestas.

—¿Qué?

—Usted es virgen todavía. Una cosa muy rara en su familia y a su edad.

—No hable mariqueras. ¿Es que usted cree que yo no he subido macho a mi cama?

—Los has subido, sí.

—Déjese de eso, por favor.

—Te gustan otras cosas, pero no te atreves a liberar tu espíritu. El problema es la vieja Yolanda.

Alma se estremeció y le dio señas a Stein para salir del cuarto. En la cocina se sirvió un trago de ron, invitándolo a que continuara.

—Yolanda ha espantado por años a los hombres que han querido a Julia.

Pero ella sabe de sobra que Julia es diferente, como tú.

—¿Diferente cómo?

—No eres como tus hermanas: no te gustan los hombres, sean blancos o negros.

Alma se sirvió otro trago y suspiró.

—Puedo ayudarte. Puedo hacer que Yolanda se duerma.

—Todo el mundo sabe que Yolanda es bruja. Y de las malas. ¿Es que no le ha visto bien los ojos?

—Yo me entiendo con los caribes.

—Yolanda es el diablo.

—Yo también. Y te estoy ofreciendo el mundo.

—No lo hará: te ama.

—¿Y la gente?

—El mundo tiene otras ocupaciones. Dios cada vez toma siestas más largas.

Yolanda era la abuela de Julia Soto. Acá nos referimos a una de las fundadoras del barrio, india con estirpe salida de las costras de la mesa de Guanipa. La relación sanguínea nunca pudo explicarse porque no se sabía si era abuela de la muchacha por el lado materno o por el lado del padre. Y la belleza rubia y asombrosa de una, de 18 años, no coincidía con la deformidad de la otra: Yolanda era bizca y de andar lento, tenía la boca ladeada. Le faltaban varios dientes y los que le quedaban eran ocres. Sus manos y pies estaban encogidos, por eso se movía con muletas. Hablaba poco. Pero solía sentarse en la puerta de casa a fumar, mientras la vida de los demás transcurría ante sus ojos. Julia tuvo cierta libertad hasta que concluyó el bachillerato. Por lo demás, solo se veía en raras ocasiones, acaso en el jardín regando la sábila.

Decían que Yolanda maldecía a la gente que le miraba mucho la fealdad, le bastaba coger un sapo y hacerle tragar un papel con el nombre de esa persona para que todo se desplomara. Muchos hombres trataron de pedir la mano de la hermosa Julia, pero ella los espantó con diversas triquiñuelas. Una vez le vomitó un pegoste verde en los zapatos al hermano mayor de Castico, ese también se fue a Lisboa, pero nunca regresó.

Eran las siete de la noche. Ana estaba en la puerta del jardín, preguntándose por qué su amigo no se había aparecido en todo el día para

explicarle los arcanos que restaban. Todavía ignoraba la diferencia entre la Suma Sacerdotisa y la Emperatriz, que al parecer es muy sencilla, como una vez explicó el profesor Lopes-Mara: «La mujer bruja es puta y nos vuelve locos, es la que soñamos. La Emperatriz es la mujer con la que nos casamos, que ya no nos vuelve locos y de la que queremos huir». El corazón de mi abuela rugía. Detrás de ella, el corazón de Alma tenía sus propios gemidos. La calle estaba desierta. La mayoría rezaba, rindiéndole tributo a sus muertos.

Yolanda estaba en la cocina cuando sintió la presencia. La habitación de al lado guardaba un santuario con dioses indios y mujeres desnudas. De hecho, la cabeza de la madre de Yolanda reposaba en un frasco con hierbas y, con el aceite que se formó en la superficie avivaba el fuego de algunos oratorios. Los susurros se acercaron y la vieja no comprendía de qué se trataba. Había noches en que ella no invocaba a nadie y la casa permanecía en silencio, donde apenas se escuchaba el llanto de Julia que ansiaba ver las luces de la ciudad. El viento ululó teatral en la cocina y el polvo levantó una nube brillante. Luego, un temblor azotó los utensilios, y la piel de Yolanda se despertó del sopor de sus días espesos. El calor la hizo despojarse de la bata. Cerró los ojos, escrutando el temor. Ella no estaba acostumbrada a sentir temor. Cuando abrió los ojos, Stein estaba de pie frente a ella con una caja en la mano.

—¿Con quién tú vienes? —interrogó desafiante.

—Vine por mi cuenta.

—De aquí no vas a salir con buen reparo.

—Saldré, vieja. Sabes mejor que yo de dónde vengo.

—¿Qué tú traes ahí?

Stein soltó la caja. Yolanda escupió y se enterró los dedos en la cara cuando el contenido rodó por el piso. Tomó las muletas y corrió hacia el cuarto del santuario. Revolvió en un baúl, sacó un puñado de cenizas que intentó arrojar sobre Alexander, pero él había roto el bombillo de la cocina, ocultándose sin grandes esfuerzos. Ella se echó al piso, comenzó a invocar a su corte. Tenía unos huesos en la otra mano y los pies se surtían de sangre y pus. Los pies enjutos: plagados de uñas encarnadas. Julia lloraba al fondo de un corredor. Stein se movía en las sombras como un bello animal plateado que alguna mujer solitaria hubiese dibujado para castigarse a sí misma. Se puso en guardia.

—Yolanda, yo los conozco a ustedes. Capuano tiene cuentas contigo y me ha mandado a cobrarlas.

—¡Blanco de mierda! ¡No hables del Señor con tu lengua marrrrrrdita!

—No me has entendido, india. ¿Crees que no sé qué día es hoy? El primer sol de noviembre. Hoy los niños visitan las casas donde otro niño ha muerto. ¡Óyelos cantar! Míralos cómo bailan. Akaatempo comienza esta noche en tu casa. Y yo digo que se levante aquello que enterraste y que la mesa de Guanipa no te perdone nunca más.

La vieja se desmayó. Él nunca invocaba a su dios, el que le dieron sus padres, quienes desaparecieron en el bosque nevado. Con los inviernos que lo azotaban por dentro, se había visto obligado a educarse en deidades ajenas: el Capuano kariña era su más reciente adquisición. Con una cabuya ató las manos de la mujer y la aferró a una silla. En el regazo le puso el contenido de la caja y la encerró en el cuarto del altar. Mientras se enjuagaba las manos, pensó en mi abuela. Estaría dormida. Estaría soñando con cabritos inocentes en un jardín de flores amarillas. Quizá estaría soñando con él. Los cabritos crecen.

Cuenta Alma que lo demás fue simple. Ella entró a la casa, una vez que Stein le dijo que no había peligro. Cuando tocó la puerta del cuarto de Julia, esta se tiró en sus brazos, pidiéndole libertad. Entre las dos juntaron unas cuantas cosas y se fueron. Se fueron a una casita en Naricual, donde, por cierto, labraban unos pocos kariñas. «Eran seres generosos», cuenta Alma. Nunca pareció importarles que dos mujeres hicieran un amor ruidoso en el río. Y así fue como Stein puso una X sobre Alma en su cuaderno.

A Emilia, que contaba con 15 años, no hizo falta ponerle una X. Ella sola se la puso una mañana que salió al mercado y se fue a Ciudad Bolívar, donde consiguió reposo eterno dos años después.

Alexander siguió visitando a mi abuela en el patio, junto a la mata de nísperos y el gallinero, donde luego, la menor de mis tías rompería su castidad en manos de un luso que regresó casado con una Fátima cualquiera, recitando versos de Pessoa en las noches más tibias:

Os deuses, não os reis, são os tiranos.
É a lei do Fado a única que oprime.
Pobre criança de maduros anos,
que pensas que há revolta que redime!

Yo misma me ocupé de Pessoa cuando aprendí a sumar y restar colores: a mis oídos llegó el rumor de que mi mamá había sido fecundada no solo por el militar y por el peruano cantante del Paseo Colón. Al parecer, ella compartía con mi abuela cierta debilidad por las armas blancas: la gente miró con recelo aquellas visitas del otro hermano Caeiro, que tanto ayudaba en la casa cuando el soldadito quedaba encuartelado. Hay algo en mi rostro que no es del todo indio, que debe de recordar los parajes de la lejana rama europea de mi familia. No me sorprendería; realmente es que lo que menos habría de sorprenderme. Pessoa, que nació el día de la muerte de San Antonio, alguna vez escribió que «amar es la eterna inocencia y la única inocencia es no pensar». No puedo menos que sentirme orgullosa: estas son las cosas que provocan que mi familia viva en los titulares, con sus fábulas y sus respectivas notas a pie de página. Ana se dormía en los brazos de su hombre y soñaba que aprendía a besarlo. Él le hablaba al oído de las cosas que pasaban en tierras abruptas, ocupadas por monstruos y árboles inmortales, un mundo lleno de poetas y asesinos, de magos y emperadores.

He aquí lo que las hermanas de mi abuela no saben explicar. Cuando Ana cumplió 15 años, a Stein le faltaban dos para cumplir las cuatro décadas. La relación ya no tenía nada escandaloso, y por supuesto, el primer hombre de mi abuela había sido ese animal argento que cazaba brujas por las noches. Las hermanas cuentan que los vieron entregarse en el patio.

Ella se quitó el vestido y empezó a transpirar, danza de la mala respiración, ortigas creciendo desde el traspatio del vientre, atroz. Dejó caer las últimas ropas blancas y se soltó el cabello que le llegaba a la cintura. Alexander cerró los ojos cuando tocó los pezones; la levantó, entregando el primer beso que la memoria reconstruiría a través de los años, a través de las palabras en postales y de hombres que vendrían a arruinar los inviernos con dedos calientes y malos alientos. El beso de los animales blancos se desvanece muy pronto, se queda más en el aire porque el cuerpo no entiende esos dialectos, remedos de cenizas. Entonces, se hicieron con un amor iracundo y confuso, en una mezcla de soledad anticipada y trazos de cariaquito adheridos a la desnudez, donde Ana salió con sangre en los labios y Alexander con los ojos más grises que de costumbre. Mi abuela se entregó al hombre que la había educado, y un año después, él hizo su primer viaje de regreso. Mandó postales desde la Isla de Wight, desde Lisboa, desde más al norte:

Sabes que estos días en que he estado viajando, pasando mucho rato en los caminos, no hago sino imaginarme que ves estos paisajes. Pero aquí no hay horizontes verdaderos como cuando se mira el agua. Un día entenderás esas cosas, me temo. Harás que una tribu padezca inundaciones y sequías. Porque eres mujer, y a ustedes les dan una memoria muy poco abstracta (busca esa palabra en el diccionario que te mandé). Mientras te escribo estas líneas, estoy viendo un venado en el bosque. De vez en cuando pasan por aquí, pero no es normal al mediodía. Y, por favor, no te creas que es una broma o que me lo invento: por todas partes hay abedules. A ti que te gustan las cosas blancas te sentaría bien pasear entre ellos, parir un hijo junto a la escasa sombra que nos dan.

Creo que fue eso lo que mi abuela no le perdonó, que no la llevara consigo y le diera la nieve y los árboles nuevos. Por eso, Ana Arreaza se vengó y tuvo cinco hijos con el primero que le dio un beso que no fuera blanco. Luego, a los 23, tomó por esposo a un hombre que gemía hermosamente, pero comprendió bastante pronto que de esos hombres uno no podía confiarse: los que gimen como mujer guardan también lo que en ellas hay de monstruos. Ustedes saben, esa afición por los tribunales de guerra, esa indiscreción de algunos caballeros al envidiar la fuerza de las mujeres con las que copulan. No tuvo hijos con él.

En ese tiempo, en la estridente ausencia de Stein, ella se convirtió en la consultante más selecta de Puerto La Cruz. Gracias a ello, varias de sus nietas pudimos escoger nuestra educación. Ana era experta descubriendo cuernos y recetando brebajes que harían que cualquier hombre se rindiera a cualquier mujer. O eso es lo que cuentan, yo nunca lo supe. La verdad es que nunca le pedí que me leyera las cartas ni nada parecido: nunca me gustó ningún hombre del barrio, tampoco las doncellas encerradas, y apenas pude, corrí a la universidad, sin saber cómo jurar por Capuano o por Odín. Ella tuvo a sus dos últimas hijas: Aleida —mi madre— y Lucía —eterna amante de Castico Caeiro—, luego de cumplir 33 años, tiempo después de que Alexander volviera a Sierra Maestra. Ahora sí era un señor, y más que nunca parecía una hermosa criatura de plata, con el alma desgastada de tanto frío, de tanto añorar un curioso calor junto a los rumores de la costa. Nadie sabe si finalmente mi abuela le leyó el futuro o si le habrá quitado lo que él tanto pronosticó. Pero

supongo que él mismo podrá explicármelo. Allí está, sentado frente al ataúd donde reposa Ana Adelina Arreaza, muerta, por supuesto, el 13 de junio. Parece que ha llorado de verdad, como al principio de cada persona. Él me mira, algo me dice que un día escribiré: «A veces sueño que sigue mirándome». Sé que adivina de qué color es el demonio que llevo por dentro. Frente a él es difícil no sentirse transparente. Trato de recordarlo en mi infancia en esta casa, pero hay un vacío enjundioso, su nombre no me resulta conocido. No tardo en descubrir que la etimología de una persona no siempre se ciñe a la historia universal de lo cotidiano. Solo recuerdo que alguna vez me dijeron que era san Antonio quien merodeaba el patio. Recuerdo las travesuras de Lucía o los versos de Pessoa que Castico recitaba a todo pulmón cuando bebía de más. O esos diccionarios improvisados en las paredes mohosas: betula sirve para decir abedul en latín y en portugués.

Él se levanta, quebradizo y risueño, con el traje y el bastón. «Las cosas viejas no huelen como las antiguas», me digo. El cariaquito morado. Son los recuerdos los que lijan los filos de la intimidad. Hay un dialecto escondido para las correspondencias que tendremos para el resto de la vida: el aroma de los senos de mi abuela ya me había dicho el final de esta historia. Empiezo a temblar, diciéndome que he visto antes la nieve y los bastones, que no hay por qué temer. Alguien dirá que es el calor de aquí lo que nos hace tan inquietas, lo que nos lleva a usar ropa interior diminuta o apretarnos los pezones mientras dormimos. Toma el mazo y revuelve las cartas mientras se acerca. Mi arcano es la Muerte. Alexander dice que algo va a cambiar, aunque mis ojos sean siempre grises y Capuano uno de mis dioses.

ANDREI BALANESCU Y LOS CABALLOS

Solo reconocen el imperio de los gestos. Corren, sí, siempre corren:
tienen un horizonte que les atraviesa la frente como un hilo cruel, y
hacia él se dirigen.
GIACOMO VIAGGIO

I

—Maria, no le dediques miradas tiernas a un caballo de metal y tampoco agarres la costumbre de poner primero los adjetivos: no hagas de tu primer deseo del día una metáfora. Después sabrás que la mejor manera de cambiar el espíritu del mundo es con la verdad. ¿Quieres un ejemplo? Nada es tan seguro como el odio que las cosas dejan a su paso. Nada, y no lo olvides, es más sincero que desear un mal a quienes nos han hecho daño. Ya aprenderás conmigo, cuando entierre tu caballito en la arena. Empezarás a odiarme con toda la fuerza de tus nobles entrañitas y harás del día una maldición. No lo olvides, Maria Balanescu. Nada es más limpio que desearle una desgracia a quien te ha hecho miserable.

Lucian ha regresado a la casa de La Floresta, obra de un Villanueva menos conocido. El vuelo desde Bucarest estuvo cargado de contratiempos y al desembarcar en Maiquetía fue víctima de una humedad convulsa, más allá del contraste climático y los pormenores de la aduana: «Este viaje es una indiscreción, para qué insistir después de doce años». La transferencia de casi

24 horas en París ya le había augurado una calamidad.

El televisor, a las dos de la tarde, muestra un presidente rollizo y enérgico, haciendo un anuncio de pobreza para el país. Un viernes. Semanas antes, Andrei había rechazado la propuesta de hacerse cargo del Ministerio de Salud: prefería seguir en la administración de su clínica en Los Chaguaramos, donde además era jefe de Pediatría. Las clases en la central también resultaban un extraño refugio frente a las tentaciones constantes del poder: aquellas correrías compartidas en la universidad sellaron una admiración profunda por parte del presidente, que siempre devenía en alguna propuesta. Hay un limonero en el patio, rosas y trinitarias, también una fuente con pretensiones versallescas y un columpio. En el salón se alojan varias litografías de Burne-Jones y de Rossetti, junto a un piano y un violín: los hijos de esta casa, todos menores de edad, recibieron educación musical desde muy temprano. Nu iese fum fara foc es la inscripción en rumano sobre un adoquín de la entrada. La residencia fue heredada a Andrei cuando los viejos Balanescu decidieron partir: ella por el cáncer y él por la curiosidad que le provocaban estas tierras.

En el pueblo de Lancrãm, un hombre perdió una apuesta a las ocho de la noche del 7 de febrero de 1939. Alexandru Balanescu no tenía remedio: se excusaba diciendo que el diablo, en apariciones cada vez más sangrientas y enloquecedoras, le exigía que apostara sus pertenencias en la taberna Dracul, como única garantía de que no le robaría el alma. Pero esa noche el diablo no le habló. Obró por sí mismo cuando, despojado de su huerto, decidió dar muerte al nuevo propietario. Tomó a su mujer y todo lo que entrara en tres maletas y huyó, gracias a los buenos oficios de una bandada de gitanos que también se disponía a abandonar la ciudad. Una semana después, llegaron a Hamburgo y compraron papeles falsos. Por lo que duró el viaje del Köenigstein en aquel febrero, Alexandru y Cornelia Balanescu se hicieron pasar por Alexandru y Cornelia Stein. Él se dedicó a leer manuales básicos durante la travesía, pues le preocupaba no dominar ninguna de las lenguas del nuevo continente. Ella, por su lado, estaba contra la espada y la pared negra que en el horizonte hacían el mar y el cielo: leer los pensamientos del capitán le revelaba el temor de no encontrar quién los recibiera. De no atracar en puerto seguro y dejar a los navegantes, se vería obligado a tirarlos al mar. Nadie quería hacerse responsable por 165 judíos y por los transilvanos, que

eran cuatro: en el vientre de Cornelia venían dos varones. Después de ser rechazados por Barbados y Guyana Francesa, el Köenigstein finalmente recibió autorización por parte del gobierno venezolano, presidido por Eleazar López Contreras, para atracar en La Guaira el 27 de febrero. Nueve meses después, ya dominaban el idioma local, gracias a que Alexandru tenía un excelente oído y que, a fin de cuentas, el rumano no distaba tanto del español.

Los gemelos que debían nacer en esa ocasión se arrepintieron. Un segundo embarazo también desertó y con ello las ilusiones tribales. Alexandru pensaba que era el diablo rabioso que lo maldecía desde Transilvania. Cornelia, en cambio, se contentaba por las noches leyendo a un primo lejano que le hacía llegar poemas por correo. Lo había conocido en 1920 cuando publicó Los poemas de la luz. Como ella, había nacido en Lancrãm, y estaba casado con una mujer que también se llamaba Cornelia. A veces se preguntaba cómo habría sido su vida si se hubiese desposado con ese Lucian, con su mirada severa y salud precaria. Entonces Alexandru la despojaba del libro y la obligaba a una sesión apresurada de sexo, prometiéndole que esta vez la preñaría con buenas semillas.

En marzo de 1942, finalmente llegó al mundo la segunda tanda de gemelos concebidos por la pareja Balanescu, a pocos meses de haber comprado un terreno en lo que hoy es La Floresta. Alexandru nombró Andrei al primogénito y pidió a su carnicero de confianza que le mandara una ternera para celebrar. Cornelia llamó Lucian al otro: para celebrar, liberó a los pájaros de la casa.

II

—¿Cuál de las hijas de Andrei eres tú? —preguntó Lucian cuando la puerta se abrió. Había llegado con tres maletas, dos de ellas con libros y discos. Quien lo recibía era una niña con media cara manchada de pintura, era la hora de Artes Plásticas con la señorita van Dalen—. O no. Me temo que eres hija de la criada.

—Qué tonto. ¿Usted quién es?

—¿No me reconoces? ¿No vas a saber que soy Lucian Balanescu?

—Bueno, yo soy Maria Balanescu. Y usted no puede ser Lucian. El tío Lucian vive en Ruuumaaaaaáníaaaa.

—¿Para qué alargas las vocales?

—No sé. Porque usted no es Lucian.

—Niña estúpida. Claro que soy Lucian. Lo que no creo es que seas Maria. O te pareces mucho a tu madre. Esa piel. La plaga gitana, la plaga india — bufó con un suspiro, secándose el sudor con un pañuelo con letras bordadas que la niña trataba de leer.

—Usted es horrible. Por unos gitanos es que estamos aquí.

—Veo que te han echado el cuento. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Eres muy alta para tener doce.

—Bueno, ven.

Maria tomó a Lucian de la mano y lo condujo por el jardín. Le pidió despacio, pero con cuidado de no alargar ninguna vocal, que no la volviera a llamar niña estúpida. Lucian estaba muy cansado como para tomarse a mal la solicitud. Andrei no estaba en la casa. No había nadie más en la casa, salvo la señorita van Dalen, quien prefirió recoger sus pinturas, ya que la visita parecía demandar toda la atención de la jovencita Balanescu.

III

El primogénito Balanescu pronto mostró sus aptitudes para la debilidad y la ternura. Era el favorito de las niñas y las maestras; siempre se ofrecía a hacer los deberes inconclusos de algún compañero, y a menudo era objeto de burlas por la incapacidad para encestar balones o correr, simplemente correr y trepar a los árboles. Andrei era un niño pusilánime que se asustaba con increíble facilidad cuando llovía. A los diez años mostraba gran preocupación por la salud de sus mayores. Alguna maestra le aconsejó a la madre que lo hiciera pasar más tiempo con la figura paterna en actividades menos piadosas. A pesar de que uno y otro eran gemelos idénticos, la gente jamás llegaría a confundirlos. El alma de una postura es más elocuente que un rostro y sus

accidentes. A Lucian, en cambio, no lo querían las maestras ni las niñas, tan experto en despedazar libélulas en público o en interrumpir las clases con arbitrajes pendencieros. Muy pronto resultó líder nato de los revoltosos, con un discurso preciosista que incluso dejaba fuera de combate a la autoridad. Sin embargo, las maestras no solían quejarse demasiado con la madre: «Este niño será magistrado o algo parecido, señora Balanescu, el país necesita hombres así».

—No puedo creer que mi hermano sea padre de cuatro niños —inquirió Lucian mientras Julia preparaba el café y Andrei se acomodaba el saco sobre una rodilla.

—¿Qué te puedo decir? Tengo una buena mujer —contestó envalentonado, con la mirada quebradiza y risueña que a Lucian le molestaba desde el principio de la historia en común.

—Hiciste bien en casarte con una criolla. Las mujeres rumanas se están secando como un palo. Si algo le sobra al trópico es la carne para codiciar.

—Pensé que te habías casado con la prima Adriana. Nos llegaban noticias de tus secuestros.

—Siempre fuiste el más querido, Andi. No sé de qué te sorprendes.

—No es sano estar solo, creo que te haría bien quedarte en casa. Además, cada vez estás trabajando más cerca de Ceausescu.

—¿Quedarme aquí con tu mujercita y tus cuatro hijos?

—Nunca entendí tu asco por Julia. Lo de los niños lo puedo entender. Nunca te gustaron los niños, ni siquiera cuando éramos niños.

—Yo no le tengo asco a tu mujer... Es que te volviste más pan canilla que de costumbre cuando te casaste. Ibas a ser colosal, Andro —Hizo una pausa para aspirar el habano y mirar la silueta de Julia que venía con la bandeja de galletas y café—. Ya me enteré de que rechazaste el ministerio. Los hombres casados empiezan a cuidar de su alma de una manera muy insistente. Lo peor es que tipos como tú no tienen que esforzarse demasiado para controlar las emociones de los demás.

—¿Para qué querría eso? Qué ideas las tuyas, Lucio. Siempre he creído que eres el más inteligente de los dos y, sin embargo, no sé qué... En fin.

Lucian miró el jardín, tratando de concentrarse en un punto cualquiera, pero la luz seguía igual, fermentando desde las cosas, más que desde el sol. Apretó las mandíbulas, pero a esas alturas ya estaba amaestrado. Las oprimía

solo hasta donde un súbito dolor lo regresaba al tiempo histórico.

—¿Sueles recordar a nuestra madre? —preguntó con su mejor sonrisa de abogado.

—Por supuesto, que el Señor la tenga en su gloria.

—¿Recuerdas que ella siempre adivinaba lo que pensábamos?

—Por Dios, Lucian. No creerás que eso era en serio. De lo que sí me acuerdo muy bien es de su preocupación por los Strigoi. Era eso y los poemas del tío Lucian. Todavía me hace gracia la cara que puso cuando no le dieron el Nobel. Desde ese entonces odió con toda su alma a Juan Ramón Jiménez y a todos los burros del mundo.

—Ella estaba enamorada de él, imagínate: casarse con nuestro padre que era un cajón de madera. Por cierto, ¿alguna de tus hijas lleva su nombre?

—Maria Cornelia. A veces me hace pensar en ti: no le gustan los insectos, pero cuesta hacerla bajar de los árboles.

—Ya vi que tiene nuestros ojos, ambarinos y muertos. A mamá le hubiese encantado.

—¿Por qué no la llevas un rato de estos a comer un postre? Es una niña encantadora. Estoy pensando en mandarla de vacaciones a Londres con los primos Tanase. ¿Qué te parece?

—Nada, no me parece nada. El café está frío.

IV

En julio de 1954 fue convocado un concurso de poesía para cerrar las actividades del sexto grado en el Colegio Santiago de León. En ese entonces, Andrei y Lucian tenían 12 años, igual que Sophie Cioran, a quien habían conocido a la edad de ocho. Los orígenes de la niña al parecer también se remontaban al Köenigstein, de padre rumano y madre sefardí, pero una pronta orfandad no le había permitido reconstruir los hechos apropiadamente. De modo que vivía con una tía tercera casada con un tal Barreto —que por aquel entonces empezaba a cobrar fama de eficiente—. Cuando llegó al colegio de inmediato hizo buenas migas con Andrei, con quien compartía espejismos y

cartas.

Sophie resultó ganadora con un poema que conmovió a los presentes y le auguró un lugar destacado en la poesía venezolana, según comentó la maestra Dolorita:

Oh, oh, oh, qué modesta insurrección
pedirte que respires dentro de mí
es jurar que me hagas tu ataúd.
¿Serás entonces el fantasma
que reine en mi interior?

Oh, quién entiende mi joven corazón:
Espantarás a mis demás habitantes
Andrei Balanescus
puro como la tierra huérfana
y remota en su interior
puro como el sol y todas las guerras.

La niña estaba de pie en el estrado, con un vestido de flores y las manos temblorosas, mientras Andrei la miraba desde la primera fila, junto a Lucian. Ninguno se sumó al coro de aplausos, en vista de que Andrei se disponía a llorar de emoción. No estaba muy seguro de entender la propuesta y alcance de los versos de su amiga, pero su corazón latía como un caballo enfurecido. Entretanto, Lucian se limitaba a mirar la escena, golpeando levemente a su hermano en el hombro para recordarle que los hombres no lloran en público.

Esa tarde hubo una merienda en la casa Balanescu. Alexandru y Cornelia eran dueños de varias tiendas desperdigadas por el centro y empezaban a llevar una vida bastante acomodada. Cornelia misma regentaba una librería, en la que solía organizar recitales poéticos y charlas sobre folclor rumano: nadie hubiese imaginado que esa señora, allá en Lancrãm, ordeñaba vacas y labraba el huerto. A los más jóvenes, sobre todo, les encantaba escuchar esas historias, así que, luego de la merienda, varios de los niños se sentaron a su alrededor, haciendo vítores para que la señora Balanescu ofreciera algún relato. Se limitó a hablar de los strigoi, como se les denominaba a los muertos que se levantaban de la tumba para aterrar a las personas. Como vio que los niños se

asustaban, prefirió leer algunos poemas de su lejano primo. Pero estos eran tristes y los niños terminaron fastidiados.

—¿Te gustó el poema, Andi? —preguntó una Sophie temblorosa. Estaban a la sombra del limonero en el patio.

—Sí, se sintió raro, pero me gustó.

—¿Raro bien o raro mal?

—Creo que raro bien. Lo que pasa es que yo pensé que les tenías miedo a los fantasmas.

—Tú eres como un fantasma, Andi. Hasta eres más blanco que Lucian, si uno se fija con atención se da cuenta. Siempre estás como triste y no haces ruido.

—¿Te gusta que sea así?

—Cuando seamos grandes también me vas a gustar.

—Cuando seas grande tú serás poeta y yo seré doctor.

—¿Qué crees que será Lucian?

—Lucian será... No sé. Papá dice que Lucian gobernará este país. Pero la otra noche mamá estaba llorando y decía que se había equivocado, que en realidad yo era la luz y que Lucian era el hijo ciego de un strigoi o no sé quién.

—Mi tía dice que tu mamá es rara.

—Lo que pasa es que tu tía no sabe mucho sobre rumanos.

—¿Tú crees que Lucian te haría algo malo?

—No, nunca. Cuando éramos más pequeños yo me asustaba mucho por las noches. Entonces él se pasaba a mi cama y me abrazaba hasta que me quedaba dormido.

—Igual creo que a veces te mira feo. Ustedes no se parecen en nada.

—Si hablaras con él, seguro se harían amigos.

—No importa. Yo te quiero a ti, Andi.

Andrei miró el cielo detrás de las ramas del limonero y no dijo nada. En sus sueños, que seguían quitándole el descanso propicio, se encontraba con una partida de strigoi que querían comerse a Sophie. A veces la alcanzaban y él no podía hacer nada para remediarlo: la devoraban y la sangre salpicaba el cielo.

V

—Tío, ¿cuál es tu segundo nombre?

—Brad.

—¿Como en inglés?

—No. Brad significa «abeto» en rumano.

—¿Y cómo se dice «te quiero»?

—Te iubesc.

—¿Por qué vives en Transilvania? La abuela dijo que nunca debíamos regresar. Ella siempre hablaba de los strigoi.

—¿La abuela te dijo lo que era un strigoi?

—Sí, pero yo no creo en eso. Mi abuela estaba medio loca.

—Cuando tu papá era niño soñaba con ellos. Todos nuestros antepasados se levantaban de la tumba y lo perseguían. Una noche hasta le dio fiebre, cuando soñó que se comían a Sophie.

—¿Y eso te da risa?

—Andrei es como una flor, es incapaz de entender algunas realidades. Por ejemplo: nadie dice nada, pero los padres van cobrando, de a poco pero con buen pulso, la libertad perdida, el designio del entorno, el peso de los muertos que un día serán.

—¿Ah? Ja, ja, no entiendo, tío. ¿Qué eres tú?

—Soy la luz y un caballo, porque siempre me han gustado los caballos. Como ese de ahí.

Estaban frente al mostrador de una tienda de antigüedades en la avenida México, donde años antes habían linchado a Barreto, el tío político de la amada Sophie. Después de todo, Lucian tampoco había olvidado a Sophie Cioran.

—¿Me lo compras? —suplicó Maria, dando saltos de emoción, con la esperanza de que el tío conversara sobre cosas más divertidas.

—¿Qué harás con un caballito de bronce que apenas te cabe en la mano?

—No sé. ¿Quererlo? Ya sé. Le voy a poner Lucian.

—¿Qué hace la gente de tu casa a estas horas?

—Mamá está en el club con Irina. Nicolás y Emil en las clases de solfeo. Papá hace las rondas en el hospital.

—Deberíamos regresar. Te quiero poner unos discos que traje. Además, tengo un regalo que te gustaría más que ese caballo.

VI

La noche de fin de año, Sophie prefirió pasar la celebración en casa de los Balanescu. En su propia casa ya no se podía estar, entre las discusiones de sus tíos y los murmullos del barrio que acusaban a Barreto de verdugo. Cuando este gobierno caiga, decía la gente, se lo van a echar al pico. A los 16 años, Sophie se sentía triste y esperaba que algo le cambiara la vida.

—¿Será que por fin vas a besar a tu amiguita, aprovechando la fiesta?

—Ya deja, Lucian.

—Es que te pasas de pánfilo. Ni siquiera en sueños eres capaz de un coño.

—A veces pienso que sí nos llevarás a todos a la muerte.

—Pedazo de pendejo. El otro día debí dejar que Nando te cayera a coñazos, para ver si se te quita lo mariquita.

—Al menos no me ando acostando con mis compañeras de clases para que después me odien.

—Ni que las mujeres fueran la gran cosa. Hay que ver que más marico no podrías ser.

—Cada día hablas peor.

—Nunca serás nadie, Andrei. Eres como una florecita. Sophie te va a dejar por un tipo que la ponga a berrear como la cabra loca que es.

—Ya cállate, Lucian, pareces un malandro.

Pero todo era parte del plan: Lucian vació el contenido de una cápsula en la bebida de Sophie, se la mandó con un mesonero y ella la ingirió sin reparos, mientras empezaban los fuegos artificiales. Nando, que días antes había querido golpear a Andrei, se la había vendido: el padre tenía una farmacia y Nando solía negociar mercancías similares entre sus compañeros de curso.

—Esto te la va a poner mansita pero sin dormirla.

La gente celebraba grandiosamente, todo parecía indicar que el año que llegaba traería mejores aires y nuevos pactos políticos. Lucian entró al cuarto

de Andrei, se vistió con ropas sudadas y se roció el pecho con su colonia. Al instante fue por Sophie, quien estaba en el jardín, y le pidió que lo acompañara.

—Lucian, ¿qué haces?

—¿Cómo que Lucian? Ay, Sophie, parece que el vino te hizo daño. ¿No reconoces a tu Andi?

—Ay, qué tonta. Es que no sé qué me pasa, Andi, creo que el vino...

—Ven, vamos a mi cuarto para que descanses.

—¿A tu cuarto?

—Sí, ven.

El cuarto de Andrei tenía el ventanal más grande de la casa. Los libros del tío poeta estaban en su mesa de noche. Cornelia Balanescu ya había dejado instrucciones de que esos libros pasaran a manos del primogénito cuando ella muriera: «Andrei nunca aprendió nuestra lengua, pero sé que podrá con la luz».

Lucian se sentía incómodo. Su cuarto, en cambio, se había quedado sin luz por un desajuste eléctrico; después de un tiempo, se había acostumbrado a leer bajo las velas. Le sentaba muy bien, en realidad. Iba con su temple, como él mismo decía.

—¿Por qué no te quitas el vestido? Hace calor.

—Andi, ¿quieres que me quite el vestido?

—Si tú quieres, linda.

—¿Linda? Nunca me habías llamado linda.

—Eso es algo que diría Lucian, ¿verdad? A todas las muchachas les gusta Lucian.

—Tú también gustarías a todas si no te comportaras como un fantasma.

—¿Y a ti? ¿A veces te gusta Lucian?

—Bueno, seguro que Lucian ya sabe hacer el amor. Eso me gusta.

—¿Te gustaría que lo llamara?

—¿Para qué, Andi?

—Para que te haga el amor. Así puedo aprender yo.

—¿En serio?

—En serio.

—Bueno.

—Pero ven, tómate todo el vino.

Se hubiese quedado sin dientes de no haber podido controlar la fuerza con que apretaba las mandíbulas. Lucian hizo un repaso de la infancia. Sophie había aparecido en sus vidas cuando tenían ocho años. Poco a poco se fue haciendo dueña del espacio, de las horas, con ese cabello cobre y los ojos gatunos: no parecía ni judía ni rumana, era un monstruo devorador de apetitos. Siempre se sentaba detrás de Andrei, siempre pedían el mismo helado y se alternaban las lecturas y las canciones. Luego ella dijo que era poeta y se apoderó de él, con las sencillas palabras que dibujan bestias y siembran bosques.

—Andi, tengo un regalo en tu cuarto.

—No me digas Andi.

—Cállate y camina. Te va a gustar.

Cuando Andrei entró a la habitación, Sophie estaba boca abajo, oliendo la almohada. Estaba desnuda.

—Sophie, ¿qué haces? —preguntó con cara de horror.

—Pensé que traerías a tu hermano.

—¿A Lucian?

—Claro, bobo. Me dijiste que ahora sí querías aprender a hacer el amor.

—¿Qué?

—Bueno, sería más fácil para los tres, ¿no? Yo tampoco sé cómo se hace. Pero si Lucian viene y lo hace conmigo tú podrías ver. Después lo podemos hacer solos. Nadie tiene que enterarse.

—Sophie, yo...

—Bueno, ¿pero lo vas a llamar o qué?

—Está bien.

Lucian estaba en el pasillo, debajo de una reproducción de El jardín de las delicias. Fumaba. Escuchaba la risa de los invitados.

—Ella quiere que tú... —le dijo Andrei, mirando el piso.

—¿Y lo vas a permitir?!

—Es lo que ella quiere.

Andrei se echó en el sillón mientras Lucian se quitaba la ropa. Y sin embargo, con palabras sencillas, como las nuestras, hicieron el mundo, los fantasmas, el día y el fuego. Nunca supo por qué repitió esas palabras en su

cabeza como si se tratara de una oración. Se daba ánimos pensando que eso también pasaría con los años, aunque era mentira que no dominaba el idioma de sus padres: de tanto escuchar y leer aquellos poemas del primo lejano, ya los tenía por dentro, entre el músculo y el hueso, imitando un traspasamiento de voluntad. Lucian Blaga está mudo como un cisne, sudor, lágrima, por qué tantos ríos en un solo cuerpo que no ha tocado la sangre de nadie, estoy cansado, estoy cansado, y sufría, creo que sufría de tanta alma. El sexo de Lucian no tardó en erguirse. Tú eres la sangre, tú eres la sangre, tú eres la sangre, vas a volar porque negros son los dictados de la noche entre mis dedos, vas a volar, tú eres la sangre, la noche es la luz que no podemos negar entre los labios. Sophie no tuvo tiempo de explorarlo. En menos de una exhalación, se metió dentro de ella, zarandeándose, mientras ella pasaba de la curiosidad al terror, y del terror a la nada. ¿Cuántos países en el mundo no tienen salida al mar? ¿Cuántas veces nos encontramos con las mismas personas a través de las múltiples vidas que proponen algunas religiones?

—¿Me tiene que doler tanto? —reclamó entre pujidos.

—Sería bueno que primero te mojaran con saliva, pero no pienso hacerlo —gruñó entre dos embestidas veloces.

Probaron todas las posiciones posibles, a pesar de ciertas protestas.

—Lo importante es que no te acaben adentro, si es que no quieres que tu tío te eche de la casa.

Lucian terminó el asunto sobre sus senos y en un último gesto pedagógico le hizo probar el contenido.

—Un día también te lo harán beber del frasco. Procura poner buena cara.

El amante se lavó en el baño y regresó por su ropa. Sophie estaba envuelta en las sábanas de Andrei, temblando de frío con las manos en el pecho, buscando los restos de una idea en su interior: negra es la noche, vas a volar, tú eres la sangre. Andrei seguía sentado, custodiando una escena que no terminaba de suceder. Los fuegos artificiales rugían con las promesas que las pobres gentes se hacen en la primera madrugada del año nuevo.

VII

—Tío, ¿quién es Sophie?

—¿Por qué?

—El otro día me quedé dormida con mi papá y mi mamá, y él se levantó gritando ese nombre. Mi mamá se puso brava.

—Nu iese fum fara foc.

—¿Qué?

—No hay humo sin fuego, decíamos. Mira, Sophie era una niña que tu papá y yo odiábamos.

—Mi papá no odia a nadie.

—Eso crees tú, pero yo no he perdido las esperanzas.

—¿Para qué tendría uno que odiar a nadie?

—Maria, no le dediques miradas tiernas a un caballo de metal y tampoco agarres la costumbre de poner primero los adjetivos: no hagas de tu primer deseo del día una metáfora. Después sabrás que la mejor manera de cambiar el espíritu del mundo es con la verdad. ¿Quieres un ejemplo? Nada es tan seguro como el odio que las cosas dejan a su paso. Nada, y no lo olvides, es más sincero que desear un mal a quienes nos han hecho padecer. Ya aprenderás conmigo, cuando entierre tu caballito en la arena. Empezarás a odiarme con toda la fuerza de tus nobles entrañitas y harás del día una maldición. No lo olvides, Maria Balanescu. Nada es más limpio que desearle una desgracia a quien te ha hecho miserable.

—Mi papá dice que tú das lástima.

—¿Yo te doy lástima, Maria?

—No. Me das un poquito de miedo. Eres como mi papá, pero tú sí harías algo malo.

—¿Algo como qué? ¿Tocarte los dientes?

—¡Eso no es malo! ¡Tonto!

—Déjame ver.

Lucian metió un dedo en la boca de Maria y tocó sus muelas. El aliento de la niña era una mezcla de torta de chocolate y jugo de mora.

—¿Sabes en qué pienso?

—¿Que ya es hora de ver Sábado sensacional?

—No, tonta. Pienso que la rabia, como en el perro, forja súbitamente el carácter del individuo a través de sus sucesores inmediatos: rencor, venganza,

arrepentimiento, soberbia, envidia, promiscuidad, odio, sífilis. Todo en pos de una nueva sarta de prejuicios, que en simple suma, son los únicos que determinan el carácter. Por eso Aristóteles concluyó que con la moral no puede hacerse ciencia: es mentira que el perro queda totalmente domesticado.

Maria suspiró aburrida. Ahora Lucian, en lugar de tocar sus dientes, se limitaba a tocar sus labios.

—¿Qué crees tú?

—Yo qué sé, tío. ¿Quién es Aristóteles? ¿Esas no son cosas para hablar con mi papá?

—Bueno, dejémonos de preámbulos. Aquí en el bolsillo de mi saco tengo algo para ti.

—¿¿Qué es?!

—Búscalos.

Maria estaba sentada en las piernas de Lucian y en la casa no había nadie. Julia y la hija mayor estaban en el Club Social Rumano, haciendo los preparativos por los 15 años de la muchacha: el cuarteto de cuerdas para el vals exigía más dinero por la contratación y la señora Balanescu se moría de impotencia. «A este país se lo llevó quien lo trajo», decía. Nicolás y Emil, uno mayor que Maria por un año y el otro menor por dos, estaban en las clases de solfeo. Así que Maria estaba sentada en las piernas del tío, en una butaca en el salón de la casa, frente a una litografía de El árbol del perdón de sir Edward Burne-Jones y un colorido San Jorge con la princesa Sabra de Rossetti. Se revolvió con felinos ademanes y hurgó en los bolsillos, pero solo consiguió una libreta, algunos billetes y caramelos de café. Del televisor de una casa vecina salía la voz de Amador Bendayán, presentando a Emmanuel. Cuando Maria, enojada, se dio por vencida, mordió al tío en el mentón.

—Más fuerte, por favor.

—No, tío, te puede doler.

El hombre levantó a su sobrina y la llevó a su cuarto. Era el mismo donde años atrás Andrei había pasado su adolescencia. La expresión de horror en el rostro de la niña ya era familiar.

—Mira, aquí está el caballo de metal. Es tuyo.

—¡No! ¡Quiero llamar a mi mamá!

—Cállate y quítate la ropa.

—¿Por qué?

—Quítatela si no quieres que te la quite yo.

Maria obedeció, al mismo tiempo que Lucian se desvestía. El cuerpo de él era muy distinto al de su padre. Lucian daba la sensación de poder quebrar los espejos con una caricia desinteresada. Y no obstante, eran los mismos ojos, la misma frente de leves arrugas, las manos cortadas por el mismo cazador de elefantes. Maria comenzaba a creer que el miedo venía con el rostro más hermoso de todos los que conocía. Lucian la alzó otra vez, la hizo rodearlo con sus flacas piernas y sus brazos exangües, jurándole que no le haría daño. Entonces ella tomó una bocanada de aire y abrió más de la cuenta los ojos ambarinos.

—Tío, creo que hay un strigoi detrás de ti.

Al pensar en la palabra strigoi, el rostro de su madre se desplegó dentro de sus venas. Así, antes de voltear en un gesto casi involuntario, pensó que era un mal chiste de su sobrina que se no resignaba a perder una porción de inexperiencia esa tarde. Pero cuando Lucian miró finalmente, encontró un rostro más anterior, de proporciones ancestrales, si se quería; un rostro endurecido que lo señalaba en silencio, que se burlaba de su sexo tumbado sin ni siquiera mencionarlo; en rostro hecho de sangre y hogueras, de bosques imantados que fundaban la oscuridad de un país que ya no existía más que en los sueños de los inocentes. Durante la infancia compartida con su hermano, antes de que llegara Sophie, los versos de un hombre, que a diferencia de ellos nunca había abandonado Lancrãm, fueron la canción de cuna que llegaba con los crepúsculos de estos trópicos. Silencio y compasión, las primeras lecciones de una infancia ya disipada: calles que habían perdido para siempre, calles con fantasmas y promesas de canciones, calles con árboles, calles con mujeres de miradas ambarinas y crucifijos de madera, calles con madres, calles con soles, calles en invierno con caballos y perros fieles, y una tienda para comprar higos importados, calles solas que los poetas amarían, calles con sangre y negros soles, calles con sangre y noche, calles en silencio, hogueras, muertes, desaparecidos.

Cuando Lucian Balanescu ya no pudo soportar más la cara del primo lejano, se sentó junto a la niña desnuda. Comenzó a llorar y a respirar con dificultad, mientras Maria, muy despacio, se vestía. Al cabo de unos minutos logró ponerse la ropa también. Cuando abrió la puerta, se encontró con Andrei

en el pasillo, anémico, con un vaso de whisky en la mano.

—¿Qué hacías en el cuarto de Maria?

—Ella... me estaba mostrando unos dibujos, pero ahora me siento enfermo.

—Vengo del hospital. Ha sucedido algo...

—¿Qué?

—Sophie Cioran se mató, creo que unos tipos entraron a su casa y...

VISTIENDO A MATÍAS

Yo me quedé vestido de árbol,
de pie, soñando en medio del camino,
sin ver el hacha debajo de mi sombra.

EUGENIO MONTEJO

A Liliana Lara y Rubi Guerra

Los ratones nacen blancos y ciegos; luego, el Señor los convierte en una plaga que nos quita la dignidad, se cagan por todas partes, se comen los bordes de los libros y los restos de pan. Por eso el tiempo de Dios es perfecto, solo que nadie lo entiende cuando el colgado resulta carne de nuestra carne. Estoy en la puerta de mi casa pensando en estas cosas, mientras los vecinos pasan y conversan sobre un viernes que nos sumió en la alta penuria. Dicen que Luis Herrera es inocente, que los Toronto tienen la culpa por haberle tapado el sistema cerebro-excrementicio. Pero ahora creo, y eso que soy un viejo ecuánime, que a veces el tiempo de Dios no parece más que la máscara anciana y tribal de un locutor de las tinieblas: mi señora ya no es aquella carajita y ahora ha enloquecido.

Muy pronto uno se acostumbra a sentir pena por las mujeres inmediatas: la madre mártir que vela por el destino o las hermanas mustias que alguien no quiso quedarse. Incluso se siente pena por las hembras que uno mismo se merendó sin ponerse ceremonioso en las tardes calurosas. Entonces las mujeres se convierten en fantasmas iracundos, devoradoras de cunas y sus confortables adyacencias, abrelatas, basiliscos, quemarropa premeditada. Lo que no sabemos a ciencia cierta es si también es culpa nuestra que Dios no

haya escuchado los ruegos de una nación. Pero con mi mujer era diferente; yo sentía mío, como nada, su cuerpo y sus circunstancias, y aquí eran dos las estocadas unánimes: una sangra por fuera con precisión escandalosa; la otra se dedica a llover por dentro. Eso es demasiado para una criatura doméstica, porque sangre y lluvia siempre son amenazas para la guarida. En general, esta mañana en sepia no es para confiarse: las cosas quieren verse más antiguas de lo que son en realidad, y eso es como cuando algo diferente logra ponerse en el lugar de nuestro buen Señor. Miren que si el paganismo fuera todavía una cosa seria, no tendríamos reparo ni templanza, y un viernes negro o morado sería lo menos alarmante.

Desde que nos dieron la noticia, supe que nuestros puertos serían arrasados. Los de ella, en realidad. No acostumbro asentarme cerca del agua. Aunque el mar no es agua en el sentido estricto: no es agua lo que no quita la sed. Yo llegué tarde a su vida, mientras que un zorro se tragó la estrella para que este niño llegara más tarde que el resto de las cosas. Ella también había dejado de ser una niña y yo, por puro cansancio, me había acostumbrado al mar. Su cuerpo no aguantaría semejante clamor. La vida de las mariposas es tan breve. Pero no había cómo deshacer el mandado. Cuando nos enteramos del embarazo era tarde. Hubiésemos tenido que sacarlo por pedacitos, y él o ella no hubiera podido gritar. Ha de ser terrible, me lo digo esta mañana en sepia mientras me preparo para lo inevitable: te arrancan un pie, la pierna, las vísceras, y no puedes decir nada al respecto, ni siquiera sabes que te están dando santa muerte. Por eso decidimos jugar la partida contra todo pronóstico.

Conocí a su madre hace treinta años en Caicara de Maturín, un 28 de diciembre durante las Fiestas del Mono. Venía de hacer un mal despacho con los ganaderos del lugar y también venía de enterrar a mi padre. Estaba cansado y quería olvidar lo inconmensurables que son los designios del Señor; necesitaba echarme unos palos de aguardiente, jugar una partida de truco o poner a una carajita a berrear en un cuarto mortecino y perderme en la acidez de sus membranas: jurar que la vida seguiría como siempre. Pero cuando llegué a la plaza, me quedé tieso ante la aparición. Era una niña que todavía conservaba la pureza de nuestras pequeñas ciudades, pero debí saber que nada bueno vendría de una mujer conocida el Día de los Inocentes. Estaba en el centro del desfile. Me explico: un hombre se disfraza de mono y baila acalorado mientras la gente se arremolina imitando la cola del animal. Ella

estaba ahí, y al caer embestida por la fuerza del jolgorio, no pude evitar rescatarla. Solo era un juego que quería jugar. Pero no pude contenerme. Se trataba de una niña con el pelo largo y un vestido que descubría sus hombros: de madre canaria, seguramente, y con la correspondiente dosis indígena que la dotaba de una menudencia apetecible. La policía del Estado nos vigilaba, pero todos queríamos celebrar el fin de año tranquilamente, acaso considerar que el tiempo de Dios era perfecto con solo creer, a pesar de que por una falla de origen, la mitad de las cosas que creíamos nunca urdían del todo la realidad. Yo era un hombre fuerte y podía darle lo que pidiera: tenía una casa donde la luz entraba como potra hereje. Tenía para comprarle vestidos y zapatos. Incluso podía educarla, ponerle la mantilla de las damas que nunca han jugado en el charco después de la garúa.

Mi padre había llegado a este país huyendo de las trincheras: sentado en la línea del tren, pensó que un día volvería a tener raíces. El tiempo pasó y el dolor se escondió entre los vientres leales y la tierra reverdecida. Mi padre me heredó todo aquello, después se fue. Tuvo varias mujeres y familias en estos parajes: indias, paisanas, ajenas. Pero nunca fue un pecador, no fue egoísta ni disparó a quien no le hiciera daño. Pobló su heredad y vendió toda la leche. Yo, por ser el primogénito y el más rubio —nacido de una prima que vino a visitarlo y que se prendó de este verano eterno— recibí la mayor parte. Pero ella, encontrada durante las Fiestas del Mono, quiso vivir frente al mar y yo fui detrás de su deseo. Debí saberlo desde el principio, que sería malo correr detrás de una mujer llamada Amalia.

Eran tiempos difíciles. El padre de Amalia era enemigo de Estrada. Eso no tenía claros: al hombre se lo llevaron una noche y lo mandaron a Guasina. Amalia era la más joven. Ahora sus hermanas han muerto y ella está sola, llorando en una esquina del cuarto mientras las criadas la consuelan. Pasaron demasiadas noches antes de que pudiera darme un heredero: rituales indebidos, pócimas y oraciones, aunque no había por qué engañarse. El tiempo de Dios es perfecto en esa esfera de agua dibujada en la palma de su mano; pero nuestro tiempo, frente al llanto de una mujer o la imagen de nuestro árbol preferido, solo es un plagio de la realeza perdida. El chacal de Güiria se llevó a aquel padre que pudo evitarlo. Tal vez no. Yo tenía tierras y podía comprarle vestidos. Yo era fuerte. ¿Cómo iban a negármela? Pude ser patrón de cualquier mujer de Caicara: parirme un hijo hubiese sido el privilegio. Pero Amalia se

me metió por dentro y me llevó al mar. «No confíes en la hembra del mar», me dijo mi padre alguna vez. Él había perdido la cabeza por las mujeres que se iban a refrescar en la bahía de Pozuelos, y de niño, una vez en Ballycastle, durante la peor temporada de pesca, había perdido el sentido debajo del mesón de una pulpería: las mujeres del lugar reposaban la timidez veraniega con níveas faldas y hedores que se meterían en su espíritu para siempre. Eran mujeres bruñidas con tetas generosas y rendijas acarameladas. Indias o celtas, es lo de menos. Se les podía chupar y apretar sin medias tintas: buenas bestias domesticadas, solo gemían como animales si se lo pedías con un «por favor». De resto, gemían bajito, como agradecidas. Pero aquí ninguna me dio un hijo. Ninguna fue la elegida hasta que recogí a Amalia en las Fiestas del Mono. Fui a su casa la misma noche que la Seguridad Nacional acudió al encargo. Abelardo Guanipa, el padre de la mujer que había escogido para mis años finales, fue llevado con una capucha en la cabeza. Los crímenes que se le imputaban eran vagos: difamación, lascivia pública, proselitismo, contrabando. Aquello parecía una historieta: solo faltaba el héroe de capa y antifaz que nos rescatara del circo. Días atrás, un hombre había sido ajusticiado a planazos porque lo consiguieron robando cigarros y ron, mientras que al padre de mi mujer lo buscaban por haberse reunido con unos adecos que planeaban una revuelta oriental. Desde que el mundo era mundo, a cada hombre le tocaba hacer la guerra y bautizar su domicilio con sangre. Matthew, mi padre, lloraba en la línea del tren porque unos soldados habían violado a su madre y a su hermana, los mismos que lo obligaron a enlistarse para defender la causa de los aliados. No eran los enemigos, como Amalia, a quien le pregunto en esta mañana sepia para qué vino a mi vida si debo hacer estas cosas, tomar el puñado de arroz y escoger dos granos, los más bonitos acaso. Pero decía, fue la causa quien rompió las cosas que mi padre consideraba puras. Es paradójico, ahora que lo pienso tras los años y el calor. Uno va por la vida deseando penetrar en la intimidad de las mujeres. En el fondo, somos un mismo soldado con una sola causa: la conquista de la santa hendidura. Nos enseñan que toda mujer guarda algo sagrado en su cuerpo, y que nosotros, soldados del ángel caído, no podemos permitir que esa ciencia misteriosa se propague como una enfermedad: es menester que la mujer se vuelva terrestre, simple bípeda y potencialmente cuadrúpeda. Pero, por alguna razón, esperamos que nuestra madre o hermana sean inmunes al designio. Mi padre estaba solo en la línea del tren y ya no tenía de qué ufanarse. Si alguien se

hubiera sentado a su lado a contar monedas de oro o a llevar el inventario de la gente que lo quería, Matthew Barrie se hubiese colgado. Mi padre se llamó Matthew al principio. No tenía tierras. Ni vacas ni hembras sagradas que defender. Por eso se fue caminando. Lento y amarrando el gimoteo al interior de su bóveda, y no se detuvo hasta que llegó a un puerto, y ahí no se detuvo hasta que zarpó. Gracias al buen Dios no debo contar que robó a nadie. Quizá bebió de donde no debía, pero el pedazo de tierra que me heredó fue producto de su mano honrada. Al llegar aquí, le cambiaron el nombre en el registro civil, pero a él no le importó volverse menos irlandés. La tierra era cálida, el verano era auténtico con las nuevas sirenas que se bañaban de cara al sol. Estaba solo, pero la guerra estaba en otro lugar. Ya llegaría la siguiente batalla, pero con algo de suerte, sería una batalla sin ideales. Llámeme Matías, no hay de qué.

Ha de ser algo antiguo que uno no pueda mentirle a sus mayores. Después, el Chacal de Güiria se llevó al padre de mi mujer y ella quedó sola en el mundo. Amalia me dijo que sí esa noche. Había mandado a llamarme, mientras su madre se rasgaba el vestido y sus hermanas pedían clemencia a los santos. Una vez que la Chota tocaba la puerta, el aire hervía. Humeante el frío y la duda, Amalia comprendió que decirme que sí sería su único resguardo. Esa misma noche me la llevé. Y luego me arrastró al mar, a una casita que mandó a pintar de blanco y a flanquear por trinitarias. Era una niña cuando le di un beso. Era una canción de cuna cuando me devolvió el beso desde el fondo de su vientre. Al principio se ponía a llorar, se resistía, me golpeaba con puños cándidos que luego se convirtieron en el símbolo de un amor profuso. Pero como decía Matthew, había que tenerle cuidado a esas mujeres que gemían bajo, como buenas bestias amansadas: son esas las mujeres que te amarran para siempre. Te convierten en un faro mientras que ellas se mimetizan con la ancha bahía. Pero no es verdad. No eres más que el perro de un fantasma, y los fantasmas duran para siempre, aunque la vida sea efímera y la eternidad encalle en otro lado. Hubiese preferido en el fondo a cualquier otra, una de esas bichitas que por costumbre le parían un hijo al patrón para merecer siempre sus favores: unos vestidos, maquillajes, zapatos, cualquier cosa de colores y aromas exóticos, lo que fuera que pareciera una promesa de monarquía.

Al principio ella se sentaba a mis pies. Le parecía que yo contaba las

mejores historias. Eso también se lo debía a Matthew, que procuró que su hijo mayor leyera más de la cuenta. Amalia decía que era bueno para su corazón cuando le contaba de las sirenas que amamantaron a mi padre. Ella se reía y miraba por la ventana, imaginando por encima de la bruma de su mar, el mar que Matthew dejó tras de sí. El mar de aquella infancia con mujeres perfumadas que forjaron su interior con la bruma y los campos insaciables. Un hombre puede contar historias toda su vida. Incluso puede dedicarse a ello como quien se dedica a labrar la tierra o a hacer panes. Pero cuente lo que cuente, no importa, nunca será igual. Contar historias a una mujer no es lo mismo que contar historias al resto de los hombres. El héroe que escribes para ella debe ser como tú, un semidiós que necesite volver a casa, aun si naufraga en la isla del placer perpetuo. Nuestros descendientes también demandan una versión censurada del asunto: las historias que contamos a los hijos deben revelar a un héroe sin amagos de fragilidad. Lo que no sea integridad y heroísmo está prohibido para nuestros infantes. El héroe siempre triunfa, derrota a los enemigos sin vacilación y se queda con la mujer más hermosa. Pero nunca le podríamos decir a un niño amado que tememos por él y por su madre, que a veces tememos corrompernos en el trayecto. Tampoco podríamos decirle que hemos dejado de temer por su madre y que otros vientres nos invitan a que nos juguemos el pellejo, sin importar si finalmente nos hemos convertido en corruptos amasijos. Nunca confíes en la mujer que te deja asistir, silenciosa, a la conquista de otros mundos. Despiértame, caballo, que el sueño me amenaza con un lecho eterno. Yo pensaba que Amalia sería pequeña toda la vida, encargada del bordado y de las olas del mar. Nunca debí confiar en su inocencia, porque las mujeres llevan todas las edades de la Tierra en ello: hay que gritarles de vez en cuando para que no se oxiden en el arte de ser siempre el ángel herido. Ella se sentaba a mis pies con la más vaporosa de sus batas y el cabello trenzado: escuchaba la historia del gigante que devoró a sus retoños y, con la mano en el pecho, me miraba desde la alfombra, con esa mueca que invitaba a la compasión, pero también al agravio. Mi mujer era una monarca caribe que domesticaba pirañas. Cuánto les gusta que las crean misteriosas, a pesar de su elaborada simpleza. Pero, ¿queda misterio en ellas después de verlas parir? Para eso vinieron al mundo. Nos llevan nueve meses dentro, nos alimentan y nos miran, a veces creen que nos pueden decir qué hacer con el tiempo de Dios. Pero aunque uno esté lejos teniendo sueños heroicos, matando y gimiendo para no caer como la fruta

podrida, siempre hay una que sabe demasiado y calla. Lo peor que puede hacer una mujer es eso: callar. Una mujer que calla ha escogido morir. Pero morir como aquel colgado, para saber más que el resto de las criaturas. Nunca es bueno quien regresa de la muerte.

Desde aquel Cirilo, hasta acá se han matado a tantas por brujas. No comprendo ese afán por denigrar la creación más eficiente del buen Señor, y esto es para que sepan que soy solo un hombre modesto que sabe cuál es su lugar en el mundo. Nuestro hijo se apresuró y ella no quiso ir al hospital. Con la partera bastaría. Con la anciana comadrona que solía poner estampitas de José Gregorio Hernández debajo de la mujer cuando el niño venía mal atravesado. Yo dejé que Amalia hiciera su voluntad. Por treinta años ella había seguido la mía. Por treinta años había lavado mis camisas mientras yo bebía de su juventud agreste. Nunca le pregunté si era feliz. Creo que debí preguntárselo, porque hay mujeres que no dicen nada si no se lo preguntan, como si en el fondo ellas mismas hicieran la estaca que uno va a clavarles. Yo no sé. Hay mujeres que nacen para desolarle los puertos a cualquiera.

El niño nació muerto anoche, mientras el mar rugía con sus perras musas ariscas. Amalia lo dejó caer. «Ave María purísima», dijeron las mujeres que estaban en la habitación. El niño se ahorcó. ¿Porque también quería ser un dios nórdico? Esos dioses lascivos y soberbios eran mortales: por eso digo que el paganismo es un espejo que nos amputa el corazón. Pero quién sabe. Recuerdo que Matthew me contó esas historias, pero nunca me advirtió que esto pudiera suceder en mi trópico. Quizá este niño se colgó por una venganza añeja en mi contra: yo le había robado a su joven madre. La mujer que lo recibiría ya no guardaba orgullo en el pecho. Yo me lo había bebido todo. Me había robado la leche de todas sus hendiduras, la había obligado a amamantarme y velar por mi sueño en las noches. Ahora ella está en la esquina del cuarto, terminando de sangrar con un llanto silente que me recuerda sus primeros gemidos en mi lecho. No debí quedarme con algo así. Uno no debe pedir perdón por los ruegos que Dios no escuchó.

Debo vestir al niño, como reza la tradición. Estoy tan viejo. Debo vestirlo de blanco y decir las palabras necesarias, porque su madre no puede levantarse para decir nada. Tampoco puedo olvidar lo más importante: ponerle los granos de arroz en los párpados. Es la única forma de que baje a la fosa con los ojos abiertos, para que no se extravíe en busca de las alas que ganó.

Era varón. Me hubiese gustado contarle que su abuelo veía sirenas en el norte, a pesar de la nieve. Sentarnos frente al mar y hablar de la nieve, sí. Contarle que no había nada malo en saber que la eternidad siempre estaba en otra parte y que las mujeres, aunque se pasaran la vida llorando, tampoco eran buenas.

AKUMA CONTRA EL TIEMPO¹

30 DE MARZO

El viento suele arrastrar lo peor de paisajes remotos. Pronto no quedó quien pudiese cantar y tu cabeza fue olvidada tras los bastidores de este siglo (...)

Vivíamos encallados a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. Fue antes del día de la insurrección y del olor del desinfectante, cuando una campiña entre altas vertientes daba hierba a nuestros caballos. Desde tiempos remotos, las mujeres de aquel lugar habían sido raptadas para servir a los jóvenes herederos de las ciudades grises.² Producir hembras de singular belleza, modales afables y obediencia milenaria era el lamento de nuestro pueblo. Por todas esas virtudes, las damas de las ciudades grises ni se inmutaban al ver que su prometido o flamante esposo contaba, entre sus pertenencias, con una muchacha agreste, hija de la tribu de Akuma.

Aquel patriarca era el compilador de historias y protector de las tradiciones, hombre hermoso que alguna vez escribió que con el canto llegaba el fin de la inocencia: a todos los nacidos bajo su imperio había heredado el don de relatar los orígenes, especialmente a las muchachas. Las tomaba desde muy jóvenes bajo su cuidado, sometiéndolas a lecturas y exámenes. Esto también daba razones a los cazadores grises para llevarnos: nuestro verbo los sometía a un extraño encantamiento.

Akuma había hecho un pacto con los primeros dioses para permanecer intacto. Era el más vigoroso del lugar, pero también el más antiguo, desde la época en que el resto de los hombres se fueron y fundaron las ciudades

cenizas, y nosotros nos quedamos atascados en lo alto, protegidos de los insidiosos avatares de un mundo decadente: los mayores nos lo decían, nuestra virtud más profunda era ausentarnos del exterior, cuyos imperios no soportaban el paso de los años. /Nosotros vinimos de un tiempo en que nos movíamos entre la parte baja de los árboles y las estrellas que no se encienden todavía, cantábamos, cantamos, teníamos al cándido emperador de los siglos, después morimos y el país creció/.³ Ahí soñábamos a diario y, cuando terminábamos de juntar las piezas del último sueño, bajábamos a la tierra de nuestra tribu. Teníamos un excedente de luz gracias a esa previa condición soñante. Nos dejó de gustar la noche cuando la ausencia del sol nos mostró el reverso de la actividad onírica: entonces éramos como dragones y nos metíamos en los cuartos de las tribus aledañas para llevarnos a sus hijos.

25 DE ABRIL

Las mariposas eran perjudiciales para nuestras voces. Iracundia y Funebria, y el marido de estas, Tremefacio, no solo regentaban Las Fiestas del Encuentro,⁴ también custodiaban las fronteras para que ninguna mariposa asediara la comarca. Pero más allá de nuestras tierras no tenían poder. Si alguien veía una mariposa durante el sueño, no le quedaba más que marcharse. En una ocasión, el país de los grises tuvo por regente a uno que nació en la tribu, expulsado por dibujar estos terribles insectos en el tronco de los árboles. Las iniciales de su nombre cenizo están en los libros de Historia: J. V. [...].⁵

[...] Nemesio y Oblivia eran los Señores de la Absolución. Repartían clemencia si alguien apagaba una antorcha a propósito de un estornudo o si alguno deseaba a una joven que ya tuviera padre. En el otro extremo, Praelium y Spurias, Amos del Castigo, se encargaban de aquellos que se encerraban en una cueva para fingir una noche y meterse en el sueño de un país extranjero. Speculum y Dictatia, regentes del Destino, padres de todo cuanto vimos antes y después, se comunicaban a diario con Akuma. Alguien contó una vez que Speculum le fue infiel a su esposa con Revelatia —la gemela que fue expulsada de la corte cuando votó en contra de la exclusión de la noche—,

engendrando en ella a los fatídicos nemorivagus —Anámneseo, Saeculura y Malleus—, paseantes del bosque que resguardaban la memoria. Quizá por eso los hombres de mi tribu desconfiaban de los árboles cuando se amontonaban, divisando desde la distancia aquellas sombras alargadas y veloces, cuyos ojos encendidos parecían trazar una ruta entre las hojas hacia un averno cruel y familiar. No es bueno quien conserva incorrupto el recuerdo de la infancia, aquella prehistoria de primeras danzas y primeros cantos.

Las mujeres de Akuma eran estimadas por el don de contar cada vez con más gracia y brillo estas cosas. Shayarat, la mayor de las hijas de Mori,⁶ era la portadora de nuestro bestiario: Azeri⁷ —un zorro con alas era el símbolo de su familia—. Euri,⁸ la hija de Diereba, resguardaba los mitos apocalípticos: ella nos contaba que un día la desgracia acabaría con nuestras vidas, cuando los matrimonios de los dioses se disolvieran para siempre. Yo había heredado el registro de las esposas que Akuma había tenido a través del tiempo. Desde Marsellia, que leía las piedras, hasta Hivernia, quien con breve vida de 14 años, dotó a su marido de nobles y divinos herederos. Mi nombre es Eguzki. Eguzki⁹ significa sol. Akuma, en la lengua de una tribu más antigua y lejana, significa demonio; esto lo supe hace poco. Incluso hay un dibujo que lo testifica. Quizá por esto las mujeres de las ciudades grises, por el contrario, temían a los hombres de mi tribu. Eran hermosos demonios iluminados que transitaban entre las ramas de los árboles y los pensamientos del agua. Era difícil atrapar y dar muerte a cualquiera de ellos. Si un día nuestros hombres hubieran decidido pagar con la misma moneda y cazar a las mujeres grises, estas se hubiesen muerto de miedo al parir pequeños demonios blancuzcos.

15 DE MAYO

[...] La memoria me corrompe, Speculum hace su aparición en el alba junto al café de los Señores. No he olvidado cómo se siente ese clamor en el pecho, porque mi raza, ¡oh, dioses!, mi raza es un pecado que recorre mi sangre y me marca la frente. Nunca perteneceré a otro tiempo, no podré vestirme como ustedes. Temo que me descubran. El día que triunfa la intuición de pertenecer a un reino invisible de gestos y herencias, abrazamos la idea de la muerte: soy

un frágil, ¡no queda nada más por descubrir! Ahora no puedo saber con precisión. ¿Era un sueño o una memoria que había olvidado guardar? He aprendido que un recuerdo inventado no es una fantasía: el recuerdo que invento es un conjuro, un embargo extravagante que hago al porvenir. Es una súplica, para más señas. Cada noche pido a mi puñado de nombres venerables por un cataclismo que no tengo derecho a levantar: ruego por ti, aunque sea en vano. Yo estaba de pie junto a las violetas cuando Akuma apareció entre los caballos y los segadores. Advertí que alguien dentro de mí había muerto. Aquí suelen creer que los niños son muy pobres como para reconocer de buenas a primeras el concepto de consagración, pero en mi tribu, estas cosas eran tan cotidianas como cantar a la luz, al agua y al polen. Después, él se dio cuenta.

—Eguzki, la primogénita de mi mujer. ¿Quieres decirme algo?

—Me quiero casar contigo cuando crezca.

—Me temo que eso no está escrito. Además, no hay prisa.

—Si no te casas conmigo, me comeré una mariposa.

Soltó una de sus prístinas carcajadas y me alzó en brazos.

—No puedes dar órdenes a tu Señor. Pero estoy seguro de que serás, con semejante fuerza, capaz de llevar mis registros. Aprende a escribir para que las generaciones venideras sepan con quiénes poblé esta tierra blanca.

Cada cierto tiempo, los hombres grises volvían al ataque. Una mantuana cualquiera, debidamente amordazada, se pudo confundir con una niña agreste de los demonios: mirada de cerca, nuestra belleza hubiese pasado inadvertida entre las cosas triviales, pero ya nuestro verbo había sentado sus laureles. Sobre todo en los albores de la vejez, los hombres grises adquirían cierta debilidad por nuestra cosmogonía, de la misma manera que en la adolescencia se fascinaban por los griegos o los nórdicos (una vez revisé un libro del muchacho de la casa y me enteré de estas cosas). Lo que para nosotros era la forma diaria de vivir, para ellos era el último resquicio de misterio en un país donde la maleza arreciaba en los corazones. No quisiera hablar del canciller, pero quisiera dejar constancia de que pienso en su persona.

En esta casa, además, vive una muchacha que pudo confundirse con cualquiera de nosotras. A veces sueño que ella también está en el granero.

17 DE MAYO

El día de la invasión final, un hombre entró a la casa de Diereba y se llevó a su hija favorita, aquella que nos servía de oráculo. Nuestros demonios, comandados por Elur,¹⁰ jefe del Consejo de Seguridad, no pudieron contener la incursión. Cada año, los hombres grises volvían más fortalecidos con luces artificiales y conjuros que debilitaban nuestras defensas. Algo ponían en el viento para que nuestros padres dejaran de entenderse o algo le hacían al suelo para que nos tropezáramos sin parar. Nuestros dioses no podían intervenir más de lo justo.

A mí me estaban preparando para desposarme con Elur. En ese entonces éramos semejantes, miembros de una dinastía dorada, herederos de un porvenir fabuloso: yo no tenía que combatir por ninguna aspiración, yo también era la luz y él debía rendirme tributo. Pero la noche en el granero puso una lápida sobre nuestro destino. Speculum, Speculum, nadie sabe la verdad, no puedo cambiar, no puedo cambiar, estoy aquí, en mi molde, no, no, soy una flor y un monstruo, ¿no es cierto? Soy un espejo condenado a repartir su oficio, soy el centro de un universo depuesto, soy la palabra estrella dicha por un príncipe muerto. Si yo quisiera, podría hacer que todos ustedes murieran por mí, cobraría venganza por aquellos que no tuvieron la alta confianza en nuestro hermoso demonio de la luz, la luz, la luz [...].

Elur fue el primero en dar el grito de cacería y su cabeza rodó tras los bastidores de este siglo.

[...].

19 DE JUNIO

Akuma dormía en el templo que construimos para los dioses padres, en una habitación revestida de espejos y libros. Un balcón daba vista a la aldea y a las montañas cubiertas de nieve. Era la misma habitación donde se reunía el venerable Consejo y donde las mujeres parían a sus hijos.

En las escrituras se contaba que una vez una mariposa intentó ser pájaro y

por eso la noche escondía malos sueños entre sus pliegues. En la puerta de nuestro infierno —un peñasco de lapislázuli a la orilla de nuestro río más caudaloso— había una mancha con forma de mariposa. Se decía que Akuma había sido engendrado sobre esa piedra por los espíritus de Funebria e Iracundia, sin la participación del esposo que compartían, cuando aún moraban entre la parte baja de los árboles y las estrellas que no se encienden. Nuestro patriarca escogía esposas a granel: entre Marsellia, quien leía las piedras, e Hivernia, quien con breve vida llegó a los 14 años, vivieron unas cuantas más con grata belleza y excelsos dones, además de relatar. Mi madre, por ejemplo, hacía instrumentos musicales, y para su esposo llegó a confeccionar un curioso laúd que con solo tocar la piel de su dueño, interpretaba la gracia o la ira, la pena o la risa, en melodías de inquebrantable renovación.

35 (SIC) DE JULIO

El adulterio era penado entre nuestra gente, pero Praelium y Spurias, los Señores del Castigo, no condenaban a nadie, siempre que la felonía se llevara a cabo en estricto silencio. Por eso los infieles se amordazaban y se veían obligados a desarrollar una difícil telepatía, dado que la palabra escrita también era considerada entre los crímenes sonoros. Mi madre me tuvo —sin enjuiciamiento o repudio por parte de su marido o los dioses— gracias a la fecundación de Morigano, nuestro Oficial de los Lamentos, aquel que presidía las despedidas sepulcrales. No fue el caso de la esposa anterior, la difunta Geisa, madre de los hechizos para las temporadas de recolección, quien fue capturada entre el maizal después de soltar sendos alaridos en manos del herrero.

1 DE AGOSTO

Doy gracias porque puedo hablar de mi tribu, pero hace calor aquí abajo [...]. Alguien dejó olvidada una fotografía del muchacho de la casa. Tiene buenos ojos, y sus manos son tan pulcras como el pensamiento de un verdugo que reconoce en aquel hilo de sangre la esencia de su vida; si tan solo pudieran ver cómo la luz del sol se cuele entre sus pestañas, si pudieran beber, como yo, la línea de la frente cuando mira el piso, cuando lee en la penumbra y comprende desde su ventana que hay un mundo que todavía no ha sido nombrado [...]. Pero nuestros orígenes representan un conflicto. Si Akuma no hubiese hecho nada, yo podría pertenecerle. Podría susurrar a su oído por las noches, que era como las mujeres de mi tribu domesticaban a sus hombres para que no se quedaran entre los árboles. Hablaría bajo para fabricar sus sueños profundos. Era muy joven aún para tener marido cuando mi aldea todavía era pura y blanca. Pero recuerdo la primera noche de bodas que presencié, antes de que nuestras puertas se abrieran de par en par. Los festejados eran Ulisias y Castelianos, jóvenes llenos de vida y promesas. La tradición nos había enseñado que la primera noche de una pareja debía celebrarse en la habitación de los espejos de Akuma, asistidos por él mismo y su esposa de turno, además de algunos delegados de la comunidad. El patriarca hablaba al oído de la muchacha, inspirando confianza y abriendo la corriente de sus fluidos íntimos. Frotaba sus senos con aceites aromáticos y suavizaba su espíritu, mientras le hablaba del lejano mar en cuyas profundidades vivían misteriosas doncellas que enloquecían a los hombres con sus cantos. La esposa de turno acariciaba el miembro del joven varón, adelantándole el fuego que conocería una vez que habitara dentro de su mujer. En el momento en que la cópula se formalizaba, los presentes brindaban y hacían libaciones en nombre del futuro. Akuma incluso tenía derecho a participar en el coito para reforzar las descargas seminales que traerían un posible embarazo. La felicidad cabía en una habitación con espejos. Esa noche presentí un destino que nunca llegaría, pero por cuyos ecos a veces me despierto.

7 DE JULIO

La noche en que Akuma colapsó, fueron raptadas Saoirse, Estía, Elísea y Folia. La peor pérdida en años, dijeron entre gemidos de dolor. De inmediato fue convocado un consejo de ancianos. Muchos animales luminosos se asentaron en las esquinas entonando cánticas de dolor, especialmente debajo de las camas. Después de la deliberación y de ofrecer pequeñas hecatombes —colibríes y abejas—, los viejos llegaron a la conclusión de que, a fin de cuentas, ese era el designio traído a nuestras vidas por Speculum y Dictatia, y nada podríamos hacer al respecto. Pero Akuma no quiso entrar en razón. Abandonó la sala de los espejos y se adentró en el bosque, en busca del consejo de los nemorivagus, los supuestos bastardos de Revelatia. Nadie pudo llevar un registro del encuentro entre los vagantes del bosque y nuestro Señor antiguo. Ignoramos la revelación exacta, pero no sus consecuencias.

Cuando regresó a la aldea, Akuma cantó «El Llamado de los Nacidos». No era la temporada para aparearnos, aun así, su voz azotó la felicidad de nuestros vientres. Todos salieron de sus casas y, por un momento, se olvidaron de las penas. El vino rodó de boca en boca y cantos desde los pechos inflamados regaron la luz nocturna. No había compromisos sellados. Por eso Akuma escogió que los hombres de nuestra tribu se rindieran al sueño, así no tendrían que comparecer ante el tribunal de Praelium y Spurias por lo que estaba a punto de suceder.

Nuestras mujeres danzaban entre las flores y las luces que nunca se apagaban. No entendieron cuando nuestro Señor las llevó al granero y las amarró, despojándolas de sus vestiduras. Decidió no colgarme de los brazos para dejarme escribir, pues alguien tendría que perpetuar la historia de su sacrificio. Lo primero que hizo fue cortar una de las cuerdas vocales, el hilo justo que iba del corazón a la cabeza. Eso les quitaría a las mujeres de la tribu el poder de contar historias. Estaban tan arrebatadas en el canto de Akuma, que no advirtieron que sangraban. El siguiente sacrificio fue más terrible, aunque para ello usó una estaca de punta roma, pues no soportó la idea de hacerlo con ninguna de sus extremidades. Así, sin ninguna virtud, nuestras mujeres ya no serían reliquias para los hombres grises. Cuando los nuestros se despertaron y se dieron cuenta del nuevo destino que Akuma había forjado, se iniciaron los días de revolución, que no eran más que una fachada de nuestros dioses para deshacerse de nosotros. Los padres ofendidos ante las acciones de Akuma ni siquiera contemplaron pedir consejo: le dieron cacería sin tregua, y

nadie, ni siquiera los oscuros habitantes del bosque, pudieron resguardarlo. Le cortaron la cabeza, y cortándole la cabeza apagaron la luz más radiante de todas. La noche derribó las puertas, y nuestros hombres, rabiosos y confundidos, decidieron invadir los sueños de los extranjeros y olvidarse para siempre de sus mujeres. Nuestra vida blanca y humilde había llegado a su fin en la alta montaña.

Las mujeres de Akuma se dispersaron por el país. Para nosotras era un país de niños muertos, una imagen tibia que supuraba inconvenientes. El mar estaba de pronto tan cerca. Nos convertimos en detalles olvidados, en posesiones de las que nadie presumía. No era ostentoso hospedar en casa de mil seiscientos metros sobre el nivel del agua salada a una mujer, salvo por el hecho de que hacíamos la limpieza para los patrones. En la casa donde yo vivo hay una imagen del arcángel Rafael, con la anciana expresión que sugiere templanza y dignidad, rodeado de balanzas de oro y estrellas simples en un cielo que nunca traerá tempestades. También hay un muchacho del cual guardo una foto entre mis tetas y una muchacha a la que a veces imagino en mi granero. Eventualmente debo contar esta historia, pues he de recordar que Akuma no cortó mis cuerdas vocales. Por eso escribo, aunque nadie, casi nadie, se interese por mí.

EGUZKI¹¹

—Egu, ¿a ti quién te puso ese nombre? —pregunté apenas me vi en la habitación, regando por el piso las bolsas que ella debía ordenar.

—Mis padres, señorita.

—¿Ah, sí?

—Sí. Eguzki significa sol.

—¿Y cómo terminaste de cachifa?

—Hubo un incendio, éramos varias familias y...

—Ya, no me cuentes nada triste. Mejor tráeme un té y prepárame el baño.

—Sí, señorita.

—Aunque... la historia de tu madre. Siempre me ha gustado.

—No veo por qué, pero si quiere, se la cuento otra vez.

[...]

—Mi madre se había casado a los dieciséis años con el jefe de la tribu.

—El de nombre japonés, ¿no?

—Sí, ese.

—Pero qué pueblerinos tan pretenciosos.

—Sí, en fin. Mi madre se había casado. En aquel entonces...

—¿Pero ve preparándome el baño, gorda! —Tuve que gritarle, tampoco podía permitir que se pusiera a flojear mientras me atendía. Mi papá no le pagaba por echar cuentos como el jefe—. Y dime algo, Egu: tú, con una madre tan putona, ¿todavía eres virgen?

—Pues no, imagínese. A estas alturas.

—¿Y cómo es?

—¿No lo sabe la señorita?

—No, ¿qué te pasa? Yo soy una muchacha de familia decente.

—Pensaba que el joven Daniel...

—Por supuesto que no. Pero cuéntame, cuéntame cómo fue que te engendraron.

—Métase en el agua, por favor. Se va a enfriar. Si quiere le empiezo a frotar los hombros —me dijo, y no pude contenerme—. Creo haberle contado de nuestro libro. Dictatia y Speculum, los dioses del Destino, lo habían escrito para nosotros antes de venir a la Tierra. Se lo entregaron al hombre con el que se casó mi madre, cuando todavía era un niño. Era necesario que empezara a educarse pronto, pues también estaba escrito que él sería el Señor por el que cantarían los pájaros.

—Insisto, ustedes son unos campesinos muy pretenciosos.

—Si quiere me callo y le pongo un disco de...

—No, adelante, me diviertes. Frótame los senos, ¿sí? Me duelen.

—Akuma tenía un tiempo distinto. Por eso, antes de que llegara mi madre, ya nuestro Señor había enviudado centenar de veces. Su última mujer había fallecido dando a luz a quien luego el mismo Akuma nombraría jefe de seguridad. El bello Elur... Como usted sabe, mi mamá tenía dieciséis años cuando se desposó con nuestro patriarca.

—El de nombre japonés... ¿Qué es lo que significa? ¿Caballo?

—Demonio.

—Uh, no faltaba más. En fin... No me frotes con las esponjas. Usa las manos, por favor.

—Las bodas de Akuma no eran como las del resto de la tribu. Para él, en cambio, venían los mismísimos dioses. Traditio, Desiderio y Scrimio. Los tres llegaban en una caravana, arrastrados por hermosos caballos. Todo esto estaba escrito en un libro que se quemó. Cada vez que Akuma se casaba, los dioses bajaban y bailaban alrededor de él. Mi madre estaba aterrada. No es fácil mirar a los dioses a los ojos. Ellos envidian tanto como la mayoría de los padres en el mundo, revestidos de bondad y amor para ocultar que nunca nos dejaron de sentir como lo que somos: los otros. No queda nada de inocencia en ningún ser cuando es capaz de escribir el destino de una nación.

—Te estás distraendo, muñeca, por favor. Sígueme frotando los senos. Un poco más duro, ¿sí?

—¿Así?

—Sigue, por favor.

—Los dioses no tenían contemplación con las vírgenes. Por eso les hacían esas cosas para que aprendieran. Aunque la joven llorara, Akuma no podía intervenir. A fin de cuentas, era un hombre bueno y puro, y siempre sufría igual ante el llanto de una muchacha. Le gustaba más cuando reían con la cara al sol. Cuando encontraba una niña triste, empezaba a darle golpecitos en la frente, hasta que sonreía. Solo que a veces no sabía hasta dónde llegaban los ecos de esa caricia jocosa. El asunto es que los tres dioses del cuerpo, como les decíamos, se vieron obligados por herencia a... /abrirle el.../.¹²

Traditio se convirtió en una serpiente que engrosaba su diámetro a medida que entraba en ella. Una vez instalado, hablaba del derecho de poseer y dejarse poseer por todas las cosas por igual. Le contó la historia de la serpiente del árbol donde el bien y el mal florecían, dotando a los hombres del conocimiento que los igualaban a los dioses. Mi madre le pidió que acabara pronto, pero la mordió tres veces, dejándole las heridas que no cerrarían más. Después, Desiderio se convirtió en león. Ella dijo que fue peor que la serpiente, porque el león le rompió la boca y la hizo ahogarse [...]. Mientras más gritaba, el león crecía y mojaba todo a su alrededor.

—Y estos dioses de ustedes, ¿solo visitaban a las casadas?

—Creo que siempre había formas de llamarlos. Dibujando una mariposa y ofreciéndola en un altar. Eso los hacía venir.

—¿Y entonces?

—Scrimio se metió en el cuerpo de Akuma y eso fue todo. Supongo que eso quiere decir que cuando un hombre habla de amor, no habla por él mismo. ¿No cree?

—¿Yo qué voy a saber?

—¿Nunca le han hablado de amor?

—No.

—¿Qué le dice Daniel en las notas que le da a escondidas?

—Muñeca, no molestes, por favor. No has terminado de enjabonarme.

—Creo que ya es momento de que usted se enjabone sola.

—¿Qué?

—No he terminado de contarle...

—¿Por qué no hacemos algo mejor? Ven, métete conmigo en la bañera.

—¿Qué?

—¿Las mujeres de tu tribu nunca se bañaron juntas?

—Hasta los diez años podíamos hacerlo. Después aprendíamos canto y, como decía Akuma, hasta ahí duraba la inocencia.

[...]

—Mi madre escapó del palacio y se perdió en el bosque. El bosque estaba prohibido a las mujeres porque era la última frontera entre la comarca y la tierra gris. Tampoco se podía confiar en los nemorivagus, usted sabe, los hijos bastardos de Revelatia con el dios Speculum, el señor del destino. Uno de ellos capturó a mi madre y la devolvió. Pero antes de devolverla, como era de suponerse, tuvo con ella una cópula. La amordazó y se amordazó, estuvieron escondidos dentro de un tronco hueco.

—Tu madre era una reputa...

[...]

—Bueno, continúa. Creo que ahora viene la historia del sepulturero.

—Morrigan escribía los epitafios de nuestra gente. Probaba la tierra, a ver si era compatible con el muerto... El adulterio era penado entre nuestra gente, pero Praelium y Spurias no condenaban a nadie, siempre que la felonía se llevara a cabo en estricto silencio. Por eso los infieles se amordazaban y se veían obligados a desarrollar una difícil telepatía, dado que la palabra escrita también era considerada entre los crímenes sonoros. Mi madre me tuvo —sin enjuiciamiento o repudio por parte de su marido o los dioses— gracias a la fecundación de Morrigan. No fue el caso de la difunta Geisa, que capturaron en el maizal después de soltar sendos alaridos, en los brazos de nuestro herrero.

—Pero cómo, ¿cómo hicieron? ¿Telepatía? Ustedes inventaban mucho.

—Cuando la tribu asistió al entierro de Gabriel...

—¿Gabriel? ¿Ese no es un nombre gris?

—Sí, lo es... Es una historia triste. Una vez que los grises fueron a la tribu, Sardiano se volvió loco porque se habían llevado a sus tres hijas, y en venganza fue a la ciudad gris más cercana y se robó a Gabriel, a quien atormentó toda su vida, diciéndole que era un extranjero entre nosotros. Lo curioso es que finalmente logró escapar, pero regresó a los trece días,

alegando que ya no encajaba en su viejo mundo. Se convirtió en un prodigioso estratega para prevenir los asaltos. Por eso, el día de su muerte fue un momento de gran pesar para nosotros. Todavía recuerdo el epitafio que mi padre le escribió:

La cólera, el silencio
Su alta arboladura
Te dieron este invierno
¿A donde regresar si solo evocas?
La ira, el impropio
Los bajos sentimientos
Te dieron este canto.¹³

Ese día mi madre y él se reconocieron. Una creencia arcaica decía que algunos de nosotros podíamos recordar ese momento en que nuestras almas empezaban a existir, cuando todas fluían entre la parte baja de los árboles y las estrellas que no se encienden.

—Así es como se justifica que el Akuma quedara como un cornudo, ¿no? Lo tendré en mente para cuando me case, muñeca.

—¿Y usted con quién le va a montar los cuernos a su futuro marido? ¿Con la cachifa?

—No me has pedido que te saque /deous/¹⁴ [...]. No te hagas la boba. Sigue, por favor. Dime cómo el sepulturero se lo hizo a tu mamá.

—No podían hablar ni escribirse. Por eso cada uno solicitó la intervención de un nemorivagu para que le sembrara recuerdos del futuro y así saber qué hacer. Después de unos días, se encontraron en el río. Se amordazaron, se metieron al agua y estuvieron juntos. Para ese entonces, los errantes ya habían plantado el recuerdo de mi existencia. Incluso, mi madre supo desde ese día que me quedaría sola. Si Morrigano y ella hubiesen hablado, Akuma los hubiese podido matar. Pero no faltaron a los dioses. Cuando mi padre supo que mi madre me esperaba, decidió exiliarse. Dijo que quería ver el mar, conocer el mundo. Dijo que a mí no me haría falta nada en la vida si era nieta de un azeri.

—Un zorro con alas, qué tontería. Pero entonces tu padre no estaba en la tribu cuando le cortaron la cabeza al jefe y todo aquello se quemó, ¿no?

—No, no estaba.

—Entonces anda vivo por ahí.

—Por supuesto.

—¿Y qué esperas para buscarlo?

—Yo lo encontré, señorita. ¿Recuerda el viaje a Mérida?

—Cómo olvidarlo. Esa vez te perdiste con mi hermanito. Dime, ¿qué hicieron?

—Su hermano es muy decente, por favor.

—Decente nada, gorda. Es que no le gustan las cachifas como tú.

—Si usted lo dice.

—Pero yo sé que les haces algo a los hombres cuando les hablas, se quedan como quietos. No creas que no he notado que en esta casa las únicas que te dan órdenes son las mujeres. Quédate tranquila, no me saques los dedos.

[...]

—Si su madre se entera, me va a echar.

—Gorda, tranquila. Lo que sí te digo es que yo no anduviera en paz con la vida si tuviera por ahí suelto un papá llamado Morrigano. Qué nombre tan horrible.

—No se preocupe, señorita. Mi papá se cambió el nombre. ¿Usted sabe cómo se dice piedra en alemán?

—Ehhh. No.

—Se dice stein.

—Está bien, Egu Stein. Ahora métete los dedos en la boca.

NOTAS

¹ Los textos presentados bajo el nombre de Akuma contra el tiempo pertenecen a un diario encontrado en la residencia del canciller Cándido Alfaro Poh, después del allanamiento de la contrarrevolución de febrero. En primera instancia, presumimos que se trataba de una obra de ficción escrita por el canciller, pero después de los peritajes correspondientes, se llegó a la conclusión de que el diario era original y que debía ser rastreado por la Comisión Antropológica de la Secretaría del nuevo gobierno. Debido a la novedosa impronta que significa su contenido para la comprensión del legado aborígen de nuestra patria, se ha procedido a publicar algunos de sus pasajes más significativos para el estudio por parte de las generaciones venideras.

² El término «ciudades grises» se ha encontrado en otros diarios y corresponde a la manera nativa para referirse a las ciudades de considerable crecimiento industrial como Maracaibo, Valencia, Barquisimeto y Caracas.

³ Lectura dudosa.

⁴ Como se constató en un diario hallado en Puerto La Cruz, en el despacho del secretario Yoraco Alirio Pumar, Las fiestas del Encuentro se celebraban entre marzo y abril. Se daba inicio a la temporada con «El llamado de los nacidos», melodía que solo podía entonar el regente Akuma. Los habitantes de la tribu disponían de su mejor indumentaria, bebían y bailaban en torno a una fogata, recitaban composiciones propias para honrar a los dioses, y luego procedían a aparearse a las orillas de la laguna principal. Al parecer, fuera de esa época, estaba prohibido el ayuntamiento sexual sin tomar las precauciones correspondientes para no concebir. Después del acto carnal era necesario rendir alguna ofrenda a los pies de Akuma, que también había hecho lo propio

con su esposa de turno.

⁵ La tercera inicial es ilegible.

⁶ Bosque en japonés.

⁷ Zorro en lengua vasca.

⁸ Lluvia en lengua vasca.

⁹ Sol, efectivamente, en lengua vasca.

¹⁰ Invierno en lengua vasca.

¹¹ Bajo el nombre de Eguzki fue hallado un segundo documento en la residencia del canciller Alfaro Poh. No se logró comprobar si la conversación registrada obedece a un hecho real o a una mera imaginación de la primogénita del canciller. Sin embargo, se ha permitido su publicación en vista de que recoge elementos encontrados en otros testimonios (véase Misiones para ciegos, Tovar, 1995).

¹² Lectura dudosa.

¹³ Sin lugar a dudas, estos versos pertenecen a «Cantado para nadie» del poeta mexicano Francisco Cervantes. La primogénita de Alfaro Poh, en una primera declaración, dijo que el texto era original de la joven que trabajaba en su casa como doméstica. En un tercer interrogatorio dijo que ella lo había agregado para preservar el epitafio original, pues así lo había ordenado la empleada. En una última declaración antes del juicio, la primogénita confesó no haber escrito en lo absoluto el diálogo aquí presentado.

¹⁴ Lectura dudosa.